

Tres estudios sobre don José María Morelos y Pavón

Carlos María de Bustamante



FUNDACIÓN
Carlos Slim



Tres estudios sobre don José María Morelos

Bustamante, Carlos María de

Historia

Se reconocen los derechos morales de Bustamante, Carlos María de.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Elogio histórico del general don José María Morelos y Pavón

La conducta equívoca de los hombres expuesta a contrarias aberraciones, ha dado lugar para que se remita al tiempo la calificación imparcial de sus hechos hazañosos, y se reserve al tribunal de la justa posteridad el fallo inexorable sobre sus vicios y virtudes. Sin embargo, en siglos fecundos de sucesos maravillosos como el presente, comparecen en el teatro del mundo personajes tan privilegiados, que es preciso dispensarles de aquella ley general, y conceder de grado a sus panegiristas e historiadores, que esparzan sobre sus sepulcros las flores de la elocuencia, mezcladas con los suaves aromas, y dulces lágrimas de una sincera gratitud, estando humeante su sangre, y cuando sus cenizas no están yertas en la pavorosa región de los sepulcros; ora sea para desahogo de un pecho agradecido, ora para trazar a sus posteros las huellas que les dejaron para remontar su nombre, y grabar sus pomposos títulos en el augusto templo de la memoria.

¿Y quién no ve que en este limitado catálogo de ilustres personajes debemos colocar (cuando celebremos el día fausto de nuestra independencia) al muy honorable y excelentísimo señor DON JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN, cura de Nocupétaro y Carácuaro, general en jefe del Ejército del Sur, fundador del primer Congreso Nacional de Chilpancingo, y ornamento precioso, no menos que ilustre víctima inmolada por la libertad de la esclavizada nación mexicana?... ¡Vive Dios!, que al tiempo de pronunciar este nombre, nombre para mí, dulce y respetable, no menos que al tiempo de escribirlo, mi corazón agitado de extraordinarios latidos, vuela a la región del entusiasmo, e invoca en su auxilio a los genios de otros muchos caudillos que tan intrépidos como él, sellaron con su sangre su amor purísimo a la patria en los campos de batalla, y en los patíbulos; compraron a precio de ella nuestra libertad, y merecieron de justicia nuestros más tiernos y dolorosos recuerdos. ¡Manes ilustres de Hidalgo, Allende, Aldama, y Matamoros; si os es dado presenciar esta escena en que compite la ternura de mi corazón con la de la justicia que os debe, perdonad a la debilidad de mis expresiones: yo no puedo disminuir en un ápice vuestros apreciables servicios: si en esta vez no los recuerdo particularmente, es porque dejo a plumas de mejor temple que la mía, y a trompas tan sonoras como las del cantor de Aquiles, que publiquen por el mundo vuestros hechos famosos en heroicos poemas, y tejan las guirnaldas que deben ornar vuestros sepulcros... Incapaces de un celo y rivalidad

criminal, permitid que mi pluma y mi voz celebren las virtudes de un capitán ilustre que siguió la senda que le trazasteis, y os cedió la palma hermosa de la invención y preferencia. Yo os juro sobre vuestras cenizas y restos venerables, que en nada disminuiré vuestro mérito reconocido, y que el héroe de mi asunto se adunará gustoso al coro ilustre donde os colocaron vuestros sacrificios; desde donde entonáis loores festivos, y repetís fervientes votos por la prosperidad de nuestra cara patria.

Tres siglos de cautiverio, resultado de la agresión y usurpación más inicua que vieran las edades, simaron a los hijos de Anáhuac en la abyección y desprecio de sus mismos opresores. Descansaban estos tranquilos en su dominación, apoyados en la ignorancia y terror que siempre han asegurado las usurpaciones de los reyes. En vano elevábamos nuestros clamores al cielo; en vano pulsábamos las puertas del santuario de la administración española, ubicada a dos mil leguas de ultramar: las voces de nuestra justicia se estimaban, no por quejas, sino por alarmas y voces de rebelión; mas como el que oprime es a su vez oprimido, plugó al cielo castigar a nuestros tiranos lanzando sobre ellos otro más terrible del lado de los Pirineos. Desprendiose como un torrente del Apenino sobre toda la Península, y redujo a sus hijos al extremo del infortunio. Entonces fue, cuando sacudiendo aquellos desgraciados las cadenas que también pesaban sobre ellos desde la funesta batalla de Villalar, hicieron públicas sus quejas; mostraron a buena luz la iniquidad de sus opresores, y confesaron la justicia y sinrazón con que se nos había oprimido. La Junta Central (aunque con mezquindad) nos llamó a la representación nacional, y comenzamos a ser reconocidos por hombres. Este golpe de luz semejante al relámpago desprendido en una noche tenebrosa para consuelo del extraviado caminante, si bien nos iluminó y llenó de esperanzas, causó espanto y tristeza a los crueles enemigos que abrigábamos en nuestro seno como víboras venenosas; rebulléronse: levantaron a lo alto sus atrevidas cabezas; dieron horrendos silbidos, y juraron perpetuarnos en la antigua tiranía. Usurpada la autoridad superior por un acuerdo de oidores; reducido a prisión el virrey de México, tan sólo porque mostró compadecerse de nuestra suerte, y que deseaba reunir nuestra representación en México, la tiranía se quitó la máscara. Los americanos pacíficos, vieron conducir a sus hijos a los más hondos calabozos: levantar batallones de satélites, que asechasen hasta los lugares más desiertos, y turbasen por el espionaje la inocente paz de las familias: vieron erigir tribunales desconocidos en la legislación, con achaque de proteger la confianza pública para fallar contra los inocentes, despreciando las antiguas fórmulas de los juicios, vieron elevar patíbulos, y hacer morir con muerte equívoca en cárceles secretas, a los Talamantes, Verdad y otros americanos de acreditada sabiduría y patriotismo. Todo lo ignoraba el general

Morelos, porque ocupado en la cura de almas que desempeñaba tan cumplidamente (como que con sus propias manos, y como el peón más humilde acababa de construir desde los cimientos el edificio de su parroquia) ni aun lejos había pensado sobre la suerte peligrosa de su amada patria. Ahogada la primera conspiración de Valladolid en 21 de diciembre 1809, y esparcido el terror en aquella ciudad por la prisión de los conjurados, el cura de Carácuaro participó de él, pues logró imponerse de los hechos en una tertulia de amigos donde celebraban el nacimiento del Redentor en un coloquio, y a que él concurrió habiendo venido de su curato. Penetrose en un momento del peligro en que se hallaba la nación: lloró sus males, y juró remediarlos aunque se inmolará por ella. Desde este instante Morelos estudia el arte de fortificarse en su mismo curato, bien así como Napoleón estudió el de resistir a los ataques que le daban en su colegio de París sus compañeros de aposento. ¡Qué semejanza descubro entre uno y otro héroe, teniendo ambos unas mismas inclinaciones, y llorando aquél los infortunios de la Córcega su Patria, así como éste los del imperio de Motheuzoma!

En esta sazón, el grito de Dolores se hace oír por todos los ángulos del Anáhuac. Morelos sabe que el héroe Hidalgo a quien debía los respetos de sabio de Colegio, viene para Valladolid con un ejército; preséntasele allí, y recibe en una cuartilla de papel el nombramiento de comandante general del sur, con orden expresa de tomar el Castillo y Puerto de Acapulco; nombramiento que recibe sin más armas que seis escopetas viejas y algunas lanzas; sin más caja militar para los gastos que su escaso bolsillo. Asunto muy digno de la historia, no menos que de los poetas y artífices, será transmitir a las generaciones venideras a Morelos en actitud de marchar para realizar esta grandiosa empresa; no temamos, él la desempeñará cumplidamente; él lo sacará todo de su mismo realzado ánimo. De hecho: Morelos se presenta en Petatán, en Coayuca y en otros pueblos: habla a aquellos negros feroces el lenguaje de la libertad que es su ídolo, y que la amaban en razón de lo que habían carecido de ella. Paréceme ver a aquel decantado músico de la antigüedad, que al eco de su lira armoniosa convierte las piedras en hombres que le escuchan atónitos, y se reúnen en su derredor. Grandes masas de éstos se ponen a las órdenes de Morelos que tiene el ímprobo trabajo de contener su ferocidad, y reducirlos a disciplina. Todos le obedecen y respetan como a un genio superior: con una partida de ellos se apodera en Petatán de veinte y cinco fusiles que halló depositados en la casa de un comandante de milicias de aquel departamento que se hallaba ausente. He aquí todo el armamento y cuadro de un ejército que hará temblar a la tiranía en sus dorados alcázares: faltábale un parque de artillería que comenzó a formar con un cañoncito (llamado el niño) con que celebraban las salvas del santo patrono del pueblo. En breve las necesidades

comenzaron a afligir a aquella división naciente; pero Morelos supo proveer a todas sufriendo el primero las mayores privaciones con admirable constancia: viósele vender el mísero equipaje que había llevado, y hasta la última prenda que le quedaba que era un manteo de paño fino, de que se deshizo gustoso para acallar los clamores de sus hambrientos y desnudos soldados. Isabel la Católica enajena sus arracadas para conquistar el mundo de Colón, y reducirlo a una ominosa servidumbre: pero Morelos vende su capa para redimirlo de ella, ¡qué contraste!, reservo al pincel, no menos que a la pluma de la historia, que transmita a la posteridad con todas las bellezas del arte este interesantísimo cuadro, sobre el que yo jamás fijaré la vista sin que de mis ojos destilen dos hilos de calientes lágrimas. Epaminondas, ocultándose de la vista de sus amigos para que le lavasen la única capa con que se cubría, llamó con justicia la atención de toda la Grecia: ¿con cuánta mayor razón no llamará la de todo el mundo el que se despoja para siempre de ella por dar libertad a seis millones de oprimidos esclavos?... En tan miserable estado sabe Morelos que el comandante Paris con toda la división de su mando, con las tropas más selectas de la costa de Acapulco, y un gran tren de artillería, se apresta para atacarlo, y Morelos se le anticipa sorprendiéndolo en su campo de los Tres Palos. Sábese muy bien que el éxito de estas empresas es muy aventurado: que demanda una combinación profunda, grande silencio, y un arrojo denodado y a toda prueba, arrojo de que sólo era capaz un hombre que se poseía a sí mismo en toda la plenitud de esta voz. Efectivamente: en minutos se presenta, sorprende, ataca, dispersa, a toda aquella división: hace prisionera a una parte de su oficialidad, y también lo habría sido Paris si no huye a merced de las tinieblas, y si embozado en una jerga no sale dando voces y preguntando con astucia ¿dónde está Paris? Este golpe de mano dado en la sazón más oportuna, o como decía el mismo Morelos con su sencillez característica, este piezazo, puso en su poder más de seiscientos fusiles, un buen tren de artillería selecta de la fábrica de Manila; gran copia de municiones, víveres, más que regulares equipajes, y el dinero necesario para continuar la campaña por algún tiempo. La noticia de este importante suceso pone al virrey Venegas en la mayor consternación, y le agua el gusto que le habían causado las victorias de Acapulco, las atrocidades de Calleja en Guanajuato, las mutilaciones de orejas de Cruz en Huichapa, y el recobro de las municiones tomadas por Villagrán. El hecho era tan público como degradante al pabellón español, y era preciso noticiarlo al pueblo por el órgano del gobierno. Hasta tres veces mudó el parte oficial que se lee en la Gaceta para desfigurarlo (yo testigo) y al fin dijo, que Morelos con infame alevosía había sorprendido al comandante París, ¡¡¡infame alevosía, cuando es el hecho más heroico y más licito en una campaña militar!!! Con este equipo de armas y

municiones, Morelos constante en su resolución de tomar a Acapulco, según las órdenes del señor Hidalgo, se presenta a la vista de aquella plaza, el oficial Calatayud sale a batirlo, y aunque no pasaron de escaramuzas y ataques de guerrilla los que se empeñaron por una y otra parte, por ambas se cantó el triunfo. Por estos días José Gago, astillero del castillo, de origen gallego, con acuerdo del gobernador de la plaza se presenta a Morelos, y le ofrece entregar la fortaleza por cierta suma de dinero: recibe parte del premio de su prodición: se pone de acuerdo en el modo y hora con que realizará la entrega; pero el suspicaz Morelos en el acto de emprender su marcha divide en trozos su ejército, y no le permite que avance por un solo punto temeroso de una zagalarda, ¡feliz previsión que le salvó la vida por entonces! Dada la señal de avanzar sobre la fortaleza con el mayor silencio, comienza ésta a hacer un fuego vivísimo a metralla por todas direcciones; mas por fortuna no hiere ni mata, sino a un corto número de hombres: los más huyen despavoridos sin poderlos contener ni reunir; Morelos toma la punta a los dispersos, y ocupa el único desfiladero por donde deberían pasar: allí no tiende de modo que era imposible avanzar un paso sin hollarlo; apenas le ven sus soldados cuando le conocen, y se contienen: entonces blandamente les pregunta ¿Porqué huyen ustedes? No calma el aceite al ímpetu de la ola de un mar torrencioso con tanta prontitud, como Morelos calmó y reanimó la agitación de aquellos soldados acobardados, ni tuvo más energía aquella misteriosa palabra... ¡¡soldados!! con que César reprimió los ímpetus de una legión amotinada. Morelos les hizo ver dulcemente, que él había previsto la perfidia, y por eso no había avanzado por un solo punto. Con estas y otras razones, todos se aquietaron, y marcharon a tomar sus posiciones del veladero. ¡Ojalá y que fuese dado a mi pluma describir cumplidamente las diversas y gloriosas acciones sostenidas en aquel punto y paso real de la Sabana! Paris reforzado con gruesas divisiones le ataco inútilmente, aunque redobló sus esfuerzos por su reputación comprometida; éste, así como Fuentes, Cosío y otros comandantes de nombradía fueron desairados. Morelos se hizo temible en aquellos puntos, no menos que en Coagulotes y en los Coyotes, obrando siempre a la defensiva, y conduciéndose siempre con la sobriedad y precaución de un consumado general; allí fue donde por primera vez se dejó ver el genio de don Hermenegildo Galeana, y se conocieron sus disposiciones militares aunque no conocía el alfabeto castellano. En tiempo de revoluciones (decía Mr. Tomás) el hombre que estaba desquiciado del puesto que debía ocupar, pasa naturalmente a él, y allí muestra el destino en que debe ser empleado. Ni le fueron inferiores los ilustres Bravos, que abrazando la profesión militar comenzaron esta brillante carrera dando ataques, o rechazando al enemigo en los que les presentaron. El memorable don Leonardo

preguntado en juicio cuando fue hecho prisionero por los españoles ¿qué cuántas batallas había perdido?, respondió con tanta sencillez como entereza... Ninguna. No es mucho que con tales oficiales el general Morelos cortase en el sur tantos laureles como acciones dio o recibió de sus enemigos. En breves días se le vio triunfar en Tixtla, en Chautla, y en Izúcar. En el primer punto desbarató la lucida división de Fuentes, acudiendo al socorro de aquella plaza que se hallaba a punto de sucumbir; ¿pero con qué municiones la socorrió? ¡Risa da decirlo! Con dos tenates de cartuchos, cuya pólvora se fabricó el día anterior en Chilpantzinco y se secó en comales. Yo he visitado, y aun recorrido aquel teatro de sus glorias: he aquí, me decía mi conductor, donde Morelos situó su batalla; donde él mismo colocó la artillería, y con sus propias manos dio fuego a los cañones; pero con puntería tan certera, que introdujo las balas en las filas enemigas; a esta sazón sobrevino un recio aguacero que imposibilitó a Fuentes el uso de su fusilería: aprovechose de esta circunstancia Morelos, cargole con sus dragones, siguió el alcance de los dispersos, y sembró de cadáveres el largo espacio que hay desde Tixtla a Chilapa; allí hizo prisionero al artillero Gago, y le mandó fusilar en pena de la perfidia ejecutada en Acapulco. Igual suerte corrió don Mateo Musitu, español poderoso, que con gran temeridad levantó una fuerza armada a sus expensas, y con ella, y con el ascendente que le daba su fortuna se oponía tenazmente a nuestra libertad. Tan gloriosos triunfos abrieron a Morelos las puertas de Izúcar donde fue recibido con aplauso; pero infatigables sus enemigos, en breve le buscaron con una fuerte división al mando de brigadier don Ciriaco Llano, y de su segundo Soto Maceda. Recibiolos con la serenidad de un general impertérrito: desde el balcón de su casa dio las disposiciones de defensa: el enemigo asestó contra el edificio su artillería: una bala de cañón echó abajo el lintel de la puerta del balcón desde donde Morelos observa al enemigo con un anteojo; apenas acababa de retirarse de aquel punto. Sus ayudantes le oyeron decir en el acto de hacer sus observaciones estas palabras de elogio en obsequio de Soto Maceda... Me gusta este mozo, es buen puntero, y entra de recio: yo no quisiera ser más que lo que él cree que es en este instante; efectivamente, aquel joven marino desarrolló toda su energía y valor, y salió herido en la cabeza y vientre de que murió en Huaquichula. No corrió menor peligro la vida de Morelos en aquel día; porque siguiendo el alcance de los fugitivos hasta la hacienda de la Galarza con una partida de su escolta, repentinamente se vio rodeado de triplicada fuerza que iba a cargar sobre él; pero se supo que allí estaba Morelos, y esta sola idea les impuso y llenó de pavor.

Este ejército corría majestuoso por el centro del reino, y todo lo allanaba sin tropiezo. El nombre de Morelos era escuchado con respeto, respeto que él sabía

conciliarse por sus virtudes militares y políticas; al mentarse el corazón se dilataba, el alma recibía una ilusión halagüeña; revestíanse todos de un nuevo espíritu, y todos se hacían honor de pertenecer al ejército de Morelos. Por todas partes pululaban soldados; la costa de Veracruz ardía en guerra viva, y los muros de Ulúa, no menos que los baluartes de Santiago y la Concepción de la plaza de Veracruz, veían retirarse avergonzadas las ominosas huestes del sanguinario Hevia, batidas en los hermosos llanos de Santa Fe: ¡oh nombre de Morelos!, dese placer a mi corazón en repetirlo con la boca; a ti se te debe esa metamorfosis prodigiosa: tu nombre (repito) daba aliento a los tímidos, reforzaba a los animosos, y llenaba de consuelo al mísero cautivo que esperaba la redención de su patria al impulso y golpe de tu prepotente brazo, de ese brazo, que tuvo que combatir con enemigos de toda especie.

El obispo de Puebla (don Ignacio González de Campillo) ya sea seducido por una brillante condecoración de la Corte de España, que no había recibido ningún obispo americano; ya, por los confidentes que le rodeaban y sitiaban con el mayor esmero en su palacio; ya en fin trastornado por los años que tornan a los viejos a la edad infantil, coludido con el Gobierno español hizo la más cruel guerra al general Morelos: diose el prelado en espectáculo público paseándose por entre las filas de un corto batallón de infantería que se puso al mando del coronel Saavedra para atacarlo: bendijo a los soldados; dioles un peso fuerte y un calzado, y los exhortó con cuanta energía pudo a que combatesen con tal monstruo, como pudiera hacerlo el mismo san Pío V con los soldados de don Juan de Austria; inútiles medidas, ¡vive Dios! Aunque preparados con tales disposiciones, que en el siglo diez y seis (siglo de los conjuros y exorcismos) habrían producido efectos maravillosos de valor, ni Saavedra ni sus soldados osaron presentarse al general Morelos, retrocedieron avergonzados, y sufrieron la zumba y el sarcasmo de la gente poblana. Sin embargo, el reverendo obispo no cesaba de hostilizar cuanto podía al más benemérito caudillo que viera el Anáhuac. Cuantos fondos estaban a su disposición puso a la del Gobierno; y así es que varias costosas expediciones como la de Orizaba al mando del general Llano, y la que se proyectó sobre Oaxaca en fines de noviembre de 1812 bajo la dirección del coronel Águila (llegada apenas al pueblo de Quiotepeque) fueron costeadas y mantenidas con el dinero de los pobres, o de las obras pías. Empeñose el prelado en una nueva lid en que salió igualmente desairado. Quiso hacer del conciliador con los disidentes y el Gobierno; mandó al cura Palafox de Huamantla a la Junta de Zitácuaro confesado y sacramentado, como si pasase a tierra de Berbería; escribió varias cartas; publicó manifiestos que corren impresos, en que se cita a los publicistas para calificar de crimen horrendo el grito de libertad que en el exceso del despacho dio la esclavizada

América. En cada línea de esos escritos se legó a nuestra posteridad una abundante materia de diversión, o sea de compasión y lástima al ver tamaños extravíos de la razón. Morelos también sostuvo por su parte una lid literaria; y aunque en sus escritos no desarrolla la elocuencia su energía, ni siembra sus bellezas; empero aparecen muy bien en ellos la noble sencillez, la justicia y la firmeza de su carácter que formaban sus principios. El héroe del Sur era tan brioso y denodado con su pluma con su espada. De César se dice que escribía sine ullo vellamine, y otro tanto puede decirse de Morelos. El Gobierno de México nada consiguió con semejantes intentonas dirigidas a divertirlo o extraviarlo, ya que no podía contenerlo en su rápida y gloriosa marcha; sino el triste desengaño de que las había con un hombre de cabeza, y digno de llegar a lado de los Brutos y Catones.

Todo cedía en aquellos días de gloria a la voluntad de Morelos: presentarse y vencer ya por sí, ya por medio de sus tenientes, era todo uno. Matamoros se adscribe a sus banderas, y comienza a trabajar por su gloria. Galeana toma a Taxco después de reñidos combates. Morelos pasa a auxiliar a Galeana en la barranca de Tecualoya: bate a Porlier, jefe que menos por su valor que por sus crueldades, fue el terror del valle de Toluca: era un tigre que no respiraba sino sangre, desolación y muerte decretada en el furor de la crápula. Darán eterno testimonio de esta dolorosa verdad los muchos infelices fusilados el 19 de octubre de 1811: indios tomados en el cerro de la Teresona por el ronco y furioso marino Cuevas. Hasta las espinillas llegaba la sangre derramada como en un lago en el lugar del suplicio, y chapaleaban los verdugos cuando andaban por él como si caminasen por un lagar de una. Darán testimonio así mismo de su crueldad los padres Carmelitas de aquella ciudad desairados por él, tan sólo porque le suplicaron que moderase su furor excesivo.

Batido Porlier en Tecualoya, lo fue igualmente en Tenancingo por dos días consecutivos, donde pereció uno de sus marinos más atrevidos, en quien libraba su confianza, pues había salido felizmente en los ataques más bruscos y arriesgados. Tenancingo parecía otra Troya: por todas partes el incendio hacía horribles estragos y el que escapaba de las llamas, se exponía al rigor de la caballería o de las balas. En este punto los atrevidos e insolentes mulatos de Yermo, y haciendas de tierra caliente mordieron la tierra con impotente rabia, y huyeron desbandados como tímidas palomas a vista del rapaz milano. No corrió diversa suerte Porlier, pues perdió su equipaje y artillería, en la que se incluía una hermosa culebrina; tomó la fuga alumbrándose con la claridad del incendio en Tenancingo, y entro de oculto en aquella Toluca que tantas veces lo vio entrar triunfante lanzando miradas de desprecio sobre aquel desgraciado pueblo. Si Morelos no se hubiese sentido achacoso en aquella

noche, tal vez siguiendo el alcance por sí mismo, Porlier habría corrido la suerte de Gago; pero su quebrantada salud apenas le permitió mandar la acción sentado sobre un tambor de guerra. Esta victoria produjo efectos maravillosos a beneficio de la humanidad; humillose Porlier, y cambió de carácter: trocose de tigre en cordero, desde aquel día se mostró compasivo con los prisioneros, y economizó su sangre; diremos por tanto que este triunfo coronó a Morelos con el doble laurel de la victoria, y de sus benéficos frutos alcanzados en favor de la humanidad afligida. México contempló atónito este espectáculo: esparciase el terror por todas partes, aumentándolo el crecido número de gentes que llegaban a la capital a guarecerse de toda la Tierra Caliente; quién, creía ver como en Roma a sus puertas a este nuevo Aníbal; quién, predecía los mayores males; quién, hacia mil votos secretos en el fondo de su corazón por la prosperidad de tan ilustre vencedor.

No corrieron nuestras armas igual suerte en la desgraciada villa de Zitácuaro reducida la mayor parte a cenizas por el desapiadado Calleja, a quien en muchos días no ocupó otra idea que la de hacer borrar hasta la memoria de su antigua existencia, no de otro modo que el duque de Alva, que redujo a pavesas el palacio donde pensaron por primera vez los heroicos flamencos separarse de la dura dominación de Felipe II... Zitácuaro cayó, cantaban en fúnebres endechas las hermosas, pero mal empleadas lirás de Roca y Conejares. Esta lúgubre voz era seguida por el coro de aquellos caníbales sus paisanos y nuestros asesinos, que por todas partes derramaban sobre nuestros corazones la copa amarga del disgusto.

El día 5 de febrero el vencedor de Aculco, entra triunfante en México precediendo a aquellas huestes de quienes fueron amigas inseparables, la inmoralidad, la desolación, el incendio y la muerte. En breve se le manda que vaya a atacar a Morelos que lo esperaba en Cuautla. Conocía éste muy bien que aquel punto no en militar; pero también entendió, que marchitaría sus laureles cuando sus enemigos presumiesen que tomaba la fuga. No de otro modo el generoso león perseguido de los lebreles en la selva no parte precipitado, sino que marcha con aire majestuoso, aunque quisiera evitar el duro compromiso de hallarse entre el cazador y el venablo. Sí, ¡vive Dios!, que la gloria de América exigía que aguardase en cualesquier punto de ella aquel ilustre caudillo que había añadido al pendón augusto de nuestra libertad e independencia, tantas estrellas cuantas batallas había ganado, o cuantas agresiones había resistido.

En el campo de San Lázaro se reúne el ejército; allí campa, allí hace noche, allí reciben el último adiós muchos de los infelices que iban a terminar sus días consumando el más horrendo parricidio en las calles de Cuautla... ¡Oh Cuautla!, ¡oh

lugar de nuestra gloria; yo pronuncio tu nombre y me estremezco! Morelos había tomado sus disposiciones para resistir al enemigo fortificándose en la iglesia y convento de San Diego, calle real, y bocas-calles que rodeaban la plaza. Galeana defendía la trinchera de San Diego, punto principal de ataque, sobre el que se rompió un fuego infernal de fusil y cañón, no menos que sobre la casa de tesorería y otros puntos. La acción se habría ganado enteramente por el enemigo que habiendo horadado la barda de un corral que tenía a la espalda la trinchera, comenzó a penetrar por ella poniendo en gran conflicto a los de Galeana. Por fortuna suya un obús cargado de metralla se disparó, y empleó oportunamente por un joven que a pesar de estar herido y de ser paisano, lo disparó oficiosamente. Desde entonces se declaró la victoria por todos los puntos de defensa. Calleja habría sido destruido, y el ejército de Morelos habría entrado en México vencedor, si don Leonardo Bravo prevalido del ascendente que gozaba sobre su corazón, no hubiese impedido el alcance que se aprestaba a dar sobre el ejército fugitivo, y a cuyo efecto estaban ensillando los dragones. ¡Cuántas veces lloraría después por esta resolución, que a haberse verificado no habría caído en manos de sus enemigos, ni muerto en un patíbulo! Resolviose por tanto a sufrir nuevo ataque y a padecer un sitio: error grande que produjo resultados muy funestos, y que tal vez prolongo una lid que debió darse por concluida en aquel día.

A los siete después de esta acción memorable, comenzó el sitio de Cuautla, y a consecuencia se empeñaron diversas acciones en que triunfó el honor de las armas de América. El agua que bebía Morelos y su ejército, se compraba al precio de mucha sangre; y situar una batería que la defendiese para que jamás osasen quitársela, fue el resultado del valor extraordinario de Galeana, encargado de esta operación. Resérvase a la historia detallar menudamente, y seguir el diario de operaciones militares, en que campeó el valor y la prudencia de Morelos: ella fijará con exactitud el terrible ataque que dio al campo de Zacatepeque, en que las tropas expedicionarias venidas de auxilio al mando del brigadier Llano sufrieron el mayor descalabro, cuando el coronel Matamoros no pudo introducir el socorro de víveres de que necesitaba la plaza que se hallaba reducida al último apuro; menos por las obras de ataque emprendidas por Calleja, que por la falta de sal con que no podía condimentarse el pan de maíz, único grano que se conocía en Cuautla. Tan grande apuro decidió a Morelos a abandonar la plaza; la necesidad urgía porque estrechaba el hambre; y así es que la noche del 2 de mayo (1812) a pesar de estar quebrantada su salud, y de haber tomado un sudor, ejecutó esta empresa tan brillante y de mayor nombradía que la defensa del 19 de febrero. Ésta fue obra de la desesperación; porque ni el silencio de la noche, ni la

precaución que era indispensable tener, permitía al soldado ajustar sus movimientos a las disposiciones exactas de la ordenanza; tanto más, cuanto que muchas familias de paisanos, mujeres y niños iban mezclados en las filas; sin embargo, Calleja no lo entendió hasta que la división sitiada no se halló a buena distancia de la plaza, y cuando los ataques parciales de la tropa dispersa se lo hicieron saber. Eran pasadas dos horas cuando supo de positivo que Cuautla se había evacuado, y aun todavía titubeó en mandar el batallón de Guanajuato que lo ocupase. Morelos se vio en gran peligro de perecer, porque extraviando el camino cayó en una zanja de donde le sacaron con el caballo; golpe que le causó una apostema en el vientre, y demandó una operación quirúrgica. Destacados los dragones que para el efecto tenía de reserva Calleja, y apostadas en varias partes otras partidas, tuvo que batirse con ellas haciendo fuego como el último soldado viéndose envuelto entre sus enemigos. Habríanle tomado vivo a no tener la precaución de mandar desbaratar el puente de vigas de la barranca de Ocuituco. Calleja se gloriaba de que Cuautla era una plaza de carrizo; pero esta expresión se convertía en el elogio del que supo defenderla, contra el que tenía en sus manos toda clase de recursos, y abundando de pólvora pudo volarla con minas. No menos se complacía en decir al Gobierno, que había sembrado de cadáveres el largo trecho que hay de Cuautla hasta Ocuituco, cebándose la saña de su bárbara soldadesca en alancear a los fugitivos paisanos, y soldados dispersos. Tal fue el término de un asedio de sesenta y cinco días, en que se ejecutaron por este monstruo toda clase de maldades, hollando indignamente los principios sagrados del derecho de las naciones, hasta intentar envenenar las aguas de Cuautla, solicitando de la boticas de México, todo el ácido corrosivo que pudiera encontrarse en ellas. Regresó por último el ejército de este asesino a la capital; y aunque se procuró ocultar su pérdida distribuyendo varios cuerpos a otros puntos, se echó muy bien de ver su gran disminución y falta de oficiales. El Gobierno se lisonjeaba de que el monstruo del sur vagaba fugitivo y errante, buscando asilo en las cavernas: así lo decía en sus proclamas: pero en breve se vio desmentida esta alocución gascona. Matamoros en Izúcar había formado en breves días una brillante división en la que presidía el orden y la disciplina. Apenas Morelos recobra un tanto su salud cuando parte para Chilapa, lo recobra, y bate a Cerro en sus inmediaciones: allí recibe la noticia del gran conflicto en que se hallaba sitiado en Huajuapa el coronel Trujano con tres campamentos, cuya artillería enfilaba la plaza. Régules, Esperón, y Caldelas, no menos feroces que Calleja, habían renovado en aquel sitio las dolorosas escenas de Cuautla; pero Trujano se había defendido con un valor y sabiduría digna del mes consumado general. El aprieto era tal, que estaba reducido a no comer sino maíz y piloncillo: sus municiones eran tan

escasas que los cañones estaban a media carga; pero su astuta y buena maña era también tal, que sus soldados ignoraban la peligrosa situación en que se veían, descansando tranquilos porque los había habituado a vencer. En tal estado se presenta Morelos con un grueso de tropas para auxiliar la plaza: reúnen las fuerzas de los tres campamentos; empeñase una acción terrible en la que don Miguel Bravo no había sacado la menor parte, y perdido dos cañones de artillería; pero reforzado, y empeñada la acción nuevamente, Caldelas muere cubierto de heridas; sus soldados negros de Xicayán le imitan, y pocos escapan con vida; Régules y Esperón huyen para Oaxaca: el alcance de los fugitivos hasta cerca de Yanhuitlán es tan estragoso, como el de Cuautla a Ocuyluco. Morelos triunfa completamente, y no sólo resarce sus pérdidas, sino que triplica el número de toda clase de armas, municiones y pertrechos. Con la pompa de un vencedor entra en Tehuacán el 10 de septiembre (1812) y pone en la mayor consternación a Puebla, Veracruz y Oaxaca. Sabe que el osado Labaqui con trescientos campechanos, se sitúa en San Agustín del Palmar. Morelos cree que este insulto hecho a su cuartel general es imperdonable, y se prepara para batirlo. Él mismo traza el plan de ataque, cuya ejecución encarga a don Nicolás Bravo, quien lo desempeña cumplidamente. Después de tres días de fatiga, Labaqui muere con el valor de un Espartano, y al exhalar su último suspiro penetra con la bayoneta a uno de sus asesinos. Morelos siente la muerte de este comandante, así como había sentido la de Caldelas, protestando quisiera haberlos podido perdonar dándoles un abrazo en remuneración de su esforzado valor. La división de Labaqui entra prisionera en Tehuacán; y aunque los oficiales de Morelos le instan para que salga a verla, él se resiste a recrear la vista con tal espectáculo, y con una expresión de ternura dice: ¿Qué he de ver? ¡¡¡Unos desgraciados prisioneros!!! Limitase a reconocer por sí mismo las municiones quitadas a Labaqui, y a dar libertad a los que no quisieron tomar partido en su ejército. En la ocupación del Real de Pachuca se habían tomado una porción de barras de plata que Morelos mando entrasen en el tesoro público; pero como su recibo era dudoso por las muchas partidas de salteadores que infestaban los caminos, se decidió a salir en persona a recibirlas, y al mismo tiempo a reconocer aquellas localidades de más frecuente tránsito para los convoyes del enemigo. Acaso éste se prestaba para transportar crecidas sumas de oro y plata a Veracruz. Llegó, pues, el enemigo a Napaluca, al mismo tiempo que Morelos a la hacienda de Ozumba: formose al instante, y lo mismo hizo el coronel español Águila con cerca de setecientos hombres en escalones. Casi era igual el número de tropa que custodiaba el convoy de barras de Galeana; largo tiempo estuvieron a tiro de fusil ambos ejércitos, y sólo se oyó la primera descarga cuando una compañía de Niños del ejército americano rompió

el fuego. Habíase colocado malamente la artillería de Morelos en número de tres cañones, sobre los que se echó una guerrilla, que empeñando la acción hizo huir nuestra infantería que se había mantenido impávida, a pesar de que una bala de a cuatro hizo pedazos al coronel Tapia. El mariscal Galeana hubo de retirarse, porque desembarazado el grueso enemigo reforzó el convoy con más tropa, y no podía contar con refuerzo nuestro, a causa de la vergonzosa retirada, que ya tocaba en fuga; sin embargo, antes de una hora se reunió el ejército americano, y se presentó al de Águila que ya había llegado a la hacienda de Ojo de Agua, y estaba descargando sus atajos. Formáronse en batalla segunda vez ambos ejércitos, y permanecieron en esta actitud hasta que ya entrada la noche se retiró Morelos a Ozumba, perdiendo trece hombres con algunos heridos. Esta acción, si no dio brillo a sus armas, le aseguró el tránsito de las barras de plata, y preparó a su tropa para entrar con mejor éxito en la villa de Orizaba; empresa que tuvo oculta aun a sus mismos confidentes, y que sólo entendieron cuando se hallaron en las inmediaciones de dicha villa. Morelos llega al ingenio, y lo sorprende: toma el foso en el instante: salen de la plaza cincuenta hombres a reconocerlo, y los envuelve y hace pedazos: repiten nueva salida en mayor número, y por poco corren igual suerte. Sitúa en la noche sobre el cerro de Tlachichilco un cañón que enfila a la garita: a las tres de la mañana forma el ejército para atacar la villa: comienza la acción por la garita de angostura, cuya tropa se resiste valerosamente; pero atacada y flanqueada con el cañón de Tlachichilco a dos fuegos, se ve en el mayor aprieto: los americanos saltan sobre las trincheras de la garita, a la arma blanca, y en un instante las deshacen. Avanzan por la calle Real hasta la trinchera del Puente de la Borda; y si en el acto hace movimiento la caballería enemiga, Morelos le toma todos los puntos por donde pudiera flanquearlo. Con el pertrecho tomado en la garita ataca al coronel Andrade que se hallaba situado en la calle Real al abrigo de una trinchera colocada en el Puente de Borda, y otra en la iglesia de Dolores. En este conflicto escapa Andrade con toda su división; pero ésta se ve cortada, y tiene que rendirse en el llano de Escamela con cuanto llevaba, en términos de que este jefe apenas puede llegar a Córdoba con sólo dos hombres, pues se le persigue hasta encima de la cuesta en la barranca de Villegas. Acción tan brillante puso en manos de Morelos nueve cañones de todos calibres, más de cien cajones de pertrecho, el armamento de la guarnición que llegaba a mil hombres, y el valor de más de trescientos mil pesos en vales, dinero, plata labrada y efectos que se extrajeron por Zongolica. Permitió a sus soldados el saqueo en los almacenes de tabaco que al fin mandó quemar. Este artículo de riqueza con que el Gobierno español satisfacía en parte sus necesidades, les hizo mandar en horas una expedición sobre Orizaba.

Morelos evacuó la villa, dispersó su ejército haciéndole marchar en trozos a Tehuacán por Zongolica, y él con su escolta, parte de la división de Galeana, y los guerrilleros de Arroyo y Luna, se situó ventajosamente en las cumbres de Aculzingo. Águila le ataca, y es rechazado: huye su caballería, y Morelos no se aprovecha de esta ventaja. Como tropa disciplinada fácilmente se reúne, y torna segunda vez a la carga: se empeña de nuevo la acción; pero flanqueado Morelos por las partidas de guerrilla de la tropa expedicionaria se halla en el caso de ceder el punto al enemigo, a quien costó demasiado caro la victoria, pues se peleó cuerpo a cuerpo y con desesperación. Desapareció Galeana, y Morelos llegó a Tehuacán temeroso de haberlo perdido; pero se sustrajo astutamente de la vista de sus enemigos perdiendo su caballo, y ocultándose en el hueco de un árbol; sin embargo, observado por dos dragones que le asaltaron les dio muerte, y en el caballo de uno de ellos entró en Tehuacán. Como en la acción de Aculzingo perdió Morelos su artillería, para ocultar esta pérdida se quedó en Ixtapa aquella noche. Secretamente hizo reponer la artillería de Tehuacán, y al día siguiente entró en esta plaza haciendo creer a su guarnición que nada había perdido.

Esta serie de triunfos aunque mezclados con algunos cortos reveses, puso al héroe del Sur en actitud de acometer mayores empresas. Impenetrable en su secreto hacía vacilar a los más profundos calculadores sobre el rumbo y punto a donde se dirigiría con el poderoso armamento con que se hallaba. En 10 de noviembre parte para Oaxaca, conquista atrevida, y que presentaba obstáculos insuperables de la naturaleza, caudalosos ríos, valles profundos, montañas fragosas, escases absoluta de víveres; he aquí los mayores impedimentos para la marcha de un ejército; pero él la intenta, y aunque con penalidades y muerte de tres hombres a rigor del hambre en las cumbres de San Juan del Rey, lo consigue. Desde allí divisa por primera vez un país hermoso y encantador como el que Moisés vio a lo lejos después de conducir a su ejército por la aridez del desierto y es abastecido de cuanto necesita. ¡Oaxaca! ¡Dulce patria mía, levanta tu faz, alza tu cuello oprimido con las duras cadenas de servidumbre con que te agobió la pesada mano del salteador Régules, y de aquel obispo que cambiando su carácter de lenidad por el de un feroz conquistador, levantó de tus sacerdotes y pacíficos artesanos un batallón de asesinos para que sellasen con las manos unguadas del óleo santo tu perpetua esclavitud, y te atasen irrevocablemente al carro de los Fernandos y Filipos!... ¡Cenizas venerables de López, de Armenta, de Tinoco y de Palacios, primeras víctimas inmoladas por la salvación y libertad de la bella Antequera!, reanimaos, salid triunfantes de la noche del sepulcro, y de la fosa del vilipendio... Congratulaos, y venid gozosos a estrechar en vuestros brazos, y ceñir el

laurel de la victoria al general Morelos, que con prepotente brazo viene a romper los grillos con que se atan a quinientos prisioneros que yacen en las cárceles y conventos de la esclavizada Oaxaca... Esto es hecho: Morelos se presenta en las llanuras de la hacienda de Viguera: sus partidas de guerrilla al mando del bravo coronel Montaña reducen a polvo a las de Régules que tienen la osadía de presentarse para observarlas: Morelos da por orden del día estas precisas palabras... A acuartelarse a Oaxaca... pero tiene que pasar por el único camino del marquesado que enfile la artillería del fortín de la Soledad. Colócase a su visita desde donde comienza a dar sus disposiciones de ataque: pide de comer (como acostumbraba hacerlo en el acto de entrar en una acción), una bala de cañón le desaparece a uno de los soldados más inmediatos a su persona, y sin embargo sigue comiendo, y apenas levanta suavemente la cabeza hacia al fortín. El joven don Manuel Terán avanza con la batería de vanguardia, y sus tiros certeros vuelan la techumbre del fortín. El otro joven Sesma ocupa con su infantería de San Lorenzo las alturas, y se apodera de aquella fortaleza. El incomparable Guadalupe Victoria llega al foso profundo de la Soledad, ve en su borde colocada una partida infantería que con un vivo fuego disputa el paso; sin embargo, se arroja para pasarlo a nado, les tira la espada, y con voz terrible les dice... Allá voy cobardes a batiros, y esta sola palabra como si hubiese salido de en medio de la voz de muchos truenos aterra a sus enemigos que huyen despavoridos, abandonan el puesto, y dan lugar a que los soldados de Morelos bajen el puente levadizo, y pase por él la cabeza de la columna. Reúnese el enemigo en la plaza. Por sus bocas calles y azoteas sale un fuego infernal, pero el ejército majestuoso lo desprecia, y en pocos momentos se apodera Terán de la gran batería situada en la plaza. Dos trozos de caballería salen en este instante a cortar la retirada de muchos ricos españoles que emprenden la fuga camino de Guatemala. El ejército se ocupa en batir algunas partidas sueltas, que aún hacían fuego guarecidas en los soportales de la plaza. Ábrense las cárceles, y salen los prisioneros a quienes había mandado decapitar dos horas antes el teniente letrado Izquierdo; pero que sus verdugos desobedecieron espantados con el horror de este crimen. En medio de estos infelices se deja ver don Carlos Enríquez del Castillo cubierto de miseria, con un breviario en la mano, y con la barba tan crecida que le llegaba a la cintura; así sale del calabozo y vuela a su casa: se arroja en los brazos de su esposa que comienza a dar horribles gritos porque le desconoce, y porque su imaginación exaltada le presenta en la imagen de su marido la de un espectro salido de la región del duelo. El padre Talavera a quien se le destinaba la suerte que a Enríquez, compañero antiguo de Morelos; el padre Ordoño, y otros que poblaban las mazmorras se presentan a los pies del héroe libertador, besan su mano generosa, y la bañan de lágrimas; sus oídos

escuchan la voz de la gratitud entrecortada con los sollozos y oprimida con el nudo de la garganta: el general enjuga sus lágrimas, los estrecha entre sus brazos, y su corazón sensible no puede soportar la amargura de aquella escena. ¡Maldito sea el poder que sólo es dado para oprimir a los débiles, y bendita sea la bienhechora mano a quien el cielo concede el dulce poderío de romper las cadenas de los esclavos!

No son éstos los únicos estorbos que Morelos allanó para poseer la provincia de Oaxaca: tuvo además que batir por medio de sus tenientes Bravo y Matamoros, a Rionda, Reguera, y Zapotillo en la costa de Xicayan, y a Dambrini en la raya de Tehuantepeque, que venía de Guatemala con una fuerte división a vengar la muerte del teniente general Saravia, fusilado en Oaxaca juntamente con Régules, Villasante y Bonavia: el primero fue presidente de aquel reino, y a la verdad digno de mejor fortuna por su noble sencillez y hombría de bien, virtudes por que Venegas quiso alejarlo de su lado, aunque estaba nombrado su segundo por la Regencia de Cádiz, y lo puso en el compromiso de perecer. Oaxaca vio corresponder a sus esperanzas al héroe conquistador que llamó cerca de sí a todas las autoridades, y al pueblo; a las primeras, para que cesasen en sus funciones, y a éste para que eligiese por magistrados a los que mereciesen su confianza. Morelos se adunó a la multitud, y sufragó como ciudadano particular por los que supo que merecían la confianza pública. Éste fue un espectáculo que inundó de gozo a aquellos pueblos avezados a la esclavitud española, solamente comparable con el que sentiría la Grecia cuando el heraldo la anunció la libertad precaria que la concedía la tirana Roma. No se limitó a esto el héroe del sur, pues celebró juntas solemnes en la Iglesia Catedral, presididas del gobernador de la plaza y general Matamoros para tratar en ellas de la instalación de un Congreso Nacional. En 5 de febrero de 1813 parte de Oaxaca a la conquista de Acapulco para dar complemento a toda la del sur. ¿Pero cómo acometer nuevamente una empresa intentada dos años antes sin artillería de batir, y cuando con los sucesos anteriores se hallaba más que nunca fortificado y guarnecido el castillo de San Diego? De hecho, en Yanhuitlán deja parte del ejército con que se ocupó a Oaxaca, y con dos escuadrones de caballería de San Luis, otro de la Magdalena y su escolta, se dirige a Ometepeque, donde se refuerza con un batallón de infantería costeña a las órdenes del general Galeana a quien había prevenido tomase la vanguardia. El comandante Paris harto escarmentado con las derrotas pasadas, huyó precipitadamente a embarcarse por la palizada a Acapulco. En el punto del Veladero se reunieron a Morelos las tropas del mariscal Ávila, y las de Galeana quedaron en la Sabana con el resto. A los ocho días reforzada su división por las compañías nombradas del Pie de la Cuesta al mando del coronel Álvarez, hizo movimiento por el Oriente hacia el punto de

la garita, mientras que Morelos con la otra parte bajó a la Poza de los Dragos. En seguida ocupó Galeana un montecillo a tiro de fusil del castillo donde se emboscó; y al tercero día de hallarse Morelos en los dragos emprendió el ataque con la tropa de su inmediato mando, del punto dominante de las Iguanas y Casa Mata; y a pesar de la eminencia y escabrosa subida de esta fortificación la ganó a la bayoneta con desprecio de sus fuegos, y de una culebrina de a ocho avocada en la trinchera por donde penetra. El enemigo derrotado bajó a la plaza por el rumbo opuesto al del ataque, y la guarnición de ésta que pasaba de ochocientos hombres. Conseguidas estas ventajas convino Morelos el asalto de la plaza por el Oriente y Poniente, mandando que la caballería de San Luis, y dragones de la Magdalena se emposonasen del punto de los Icacos, y otros de la Bocana para impedir que el enemigo le tomase por mar la retaguardia; y así es que formó dos líneas de circunvalación, una sobre las goteras de la plaza, y la otra por los puntos de la Bahía. A las siete de la mañana del 12 de abril (1813) se empeñó la acción con una resistencia terrible de los sitiados, auxiliados por algunas lanchas que a par del castillo, procuraban impedir el asalto, mas no pudiendo contrarrestar el denuedo de los americanos fueron perdiendo por partes la ciudad, hasta replegarse la mayor parte a la fortaleza, dejando un refuerzo competente en el hospital situado en medio de la plaza que domina toda la población por estar en una altura; allí habían construido los españoles un buen fortín con cuatro piezas de a ocho, y suficiente parque. Habíanse retirado las familias de los particulares al castillo, y los americanos dueños de media ciudad continuaron el ataque del fortín del hospital, que abandonaron clavando la artillería y dando fuego a su parque, cuya explosión voló parte de aquél, y mató algunos de sus soldados. Replegáronse al castillo, y por este acontecimiento Morelos estrechó la línea de éste en el punto del Padrastro, abandonado igualmente por los realistas. En vano salieron al siguiente día a recobrarlo pues fueron rechazados, y los americanos se mantuvieron por todo él, sin más parapetos que sus pechos. En esa noche se hicieron trincheras en el Padrastro, San Nicolás, Tierra Colorada, y Dominguillo, quedando desde entonces formado el sitio: siendo de notar que Morelos carecía de artillería gruesa. Los sitiados no tenían agua suficiente en sus aljibes, y así es, que de noche salían a disputarla con las armas al punto de los Hornos donde hay una fuente para entretener a Morelos con el fuego mientras que llenaban sus tiestos. Los sitiadores arrojaron allí un cadáver, y mientras lo sacaron los sitiados y se llenó la fuente de agua limpia duro el tiroteo, y duro toda una noche: esta hostilidad cesó cuando se entabló el temporal de aguas. Entre tanto el castillo no cesaba de hacer un vivo fuego de artillería, de modo que a los dos meses arruino casi todas las fábricas de la ciudad. Morelos se situó en una casa que tuvo que

abandonar por lo expuesto que estaba al fuego: subiose después a la Casa Mata donde formó otra trinchera, y situó un cañón de a ocho con que hacía algún daño al castillo. Veinte días eran pasados de sitio cuando se emprendió la obra de una mina para volar la fortaleza, y cuyo socavón llegó hasta sus cimientos. En este tiempo la peste comenzó a hacer estragos: el soldado a pesar de sus dolencias no abandonaba el fusil, pues era muy poca la tropa sana que subsistía, y no bastaba a relevar todos los atrincheramientos; ni era menor el estrago que causaba el hambre. Desde el general hasta el último soldado se alimentaban con una escasa ración de totopo y plátano asado. Los sitiados se mantenían en su obstinación. Los disturbios de tierra adentro, exigían que Morelos partiese a terminarlos; pero esto ofendía a su pundonor, y excitaba murmuraciones que tal vez podrían terminar en un motín. En tal conflicto convoca una Junta de Guerra, y adopta el pensamiento del coronel don Pedro Irrigaray de apoderarse de la isla de Roqueta que proveía de leña al castillo, y le proporcionaba algunos auxilios. ¿Pero cómo acometer esta empresa si carecía en absoluto de botes? Sin embargo, en lo pronto se construye una débil canoa y se equipa con ochenta costeños al mando del coronel don Pablo Galeana sobrino del célebre mariscal. Con el mayor sigilo embarca de diez en diez hombres esta gente por el punto de la Caleta: en la isla había una guarnición de cincuenta hombres con una pieza de artillería y una lancha, y cerca de un islote inmediato estaba anclada la Goleta Guadalupe, cuyo comandante se había quedado esa noche en la isla. Reunidos los ochenta soldados, Galeana se lanza sobre las centinelas como el lobo a la presa: la lancha hizo su deber; pero al fin tuvo que retirarse abandonando la isla, con cuyo hecho quedó en poder de los sitiadores, no menos que la Goleta y algunas chalupas. Supo Morelos que los prisioneros carecían de agua, y mandó auxiliarles. Él mismo fue a reconocer la isla, y dispuso que las familias y prisioneros se condujesen a la población. No por esto desmayó la guarnición del castillo porque esperaba refuerzos del navío San Carlos que debía llegar de San Blas. Tomada la contraseña con que debería entrar, se propuso Morelos ocuparlo y a pocos días apareció; pero la inconsideración de algunos soldados hizo que su comandante conociese que la isla estaba tomada, y así no quiso atracar en aquel punto y entró por la Vocana haciendo fuego a babor y estribor a las débiles chalupas que osaron hostilizarlo. Desembarcó sus auxilios de víveres, armas y pertrecho, y quedó fondeado sin podersele dañar. Entonces Morelos concibió otro proyecto más atrevido, y que por una casualidad quedó frustrado. Mandó que el mismo Galeana con cincuenta hombres asaltasen el navío cuando saliera de la Bahía, y que estuvieran a punto para la empresa. Efectivamente lo asaltaron con tanta intrepidez, que lograron meterse bajo sus fuegos. Un alférez se apoderó de un cable y

trepó sobre la cubierta con el machete por única arma; invito a sus compañeros a que lo imitasen, pero éstos se ocuparon en dar hachazos a la quilla, y en otras maniobras dejando perecer al oficial: el navío se desprendió aunque sufriendo alguna pérdida, y la de los americanos ascendió a veinte y cinco muertos. Continuó la mina hasta colocarse los barriles de pólvora; pero el corazón sensible de Morelos se compadeció de las mujeres, niños y viejos, y antes de decidirse a esta dura operación quiso probar la suerte de un asalto. Mandó al mariscal Galeana (que el 17 de mayo había tomado el punto de los Hornos donde había un destacamento enemigo), que con seiscientos hombres diese el asalto. Habíanse ya echado a pique las lanchas enemigas, el fuego de los sitiados era muy activo, y lo continuaron hasta por la mañana con toda clase de armas y granadas de mano; mas con la luz del día vieron situados en el foso y guarecidos con el mismo muro a los asaltadores, y a punto de trepar con escalas: previeron que si lograban rechazarlos, Morelos por último recurso daría fuego a la mina, y sobrecogidos de pavor capitularon sobre la base de que se les perdonaría la vida, se les conservarían sus intereses, y se les permitiría trasladar a países ocupados por los españoles. Condescendió Morelos, y aun les dio más de lo que pedían. El 20 de agosto tremoló el pabellón mexicano sobre los muros de San Diego de Acapulco. Su guarnición salió con los honores de la guerra: abrazáronse vencedores y vencidos. Morelos al ocupar la fortaleza recibió el bastón de manos de su gobernador quien le dijo estas precisas palabras... Señor excelentísimo tengo el honor de poner en manos de vuestra excelencia este bastón con que he gobernado esta fortaleza, sintiendo en mi corazón que para su conquista haya sido preciso derramar tanta sangre... Morelos lo recibió con dignidad y le dijo... Por mí no se ha derramado ninguna. En la mesa brindó Morelos diciendo Viva España; pero España hermana y no dominadora de América...

Tal éxito tuvo la valerosa empresa de la conquista de Acapulco en la que la vida del general Morelos corrió gran riesgo: cubriose de llagas todo su cuerpo. En el acto de estar dando sus órdenes al ayudante Hernández, una bala de cañón lo hizo pedazos, y un gran pulpo de carne de su cuerpo cayendo sobre los ojos del general lo tuvo ciego todo aquel día, de modo que creyó perder la vista. Sin embargo continuó con tranquilidad dando sus disposiciones. En otra vez una bomba cayó sobre su casa que aplanó parte de ella, y los cascos llegaron hasta cerca de la cama en que yacía harto quebrantado de salud. La historia que pinta la impavidez de Carlos XII, de Suecia, cuando una granada cayó junto al escribiente a quien dictaba, y refiere las palabras que le dijo mirándolo sobrecogido arrojar la pluma, calificará si fue más animoso el monarca del norte que el héroe de la América mexicana. Hasta aquí las

glorias de Morelos lo presentan como un héroe de valor y fortuna; mirémoslo ya bajo el aspecto de un ciudadano amante de libertad de su patria y que consagra a ella los pocos momentos de reposo que le deja un enemigo tan maligno como tenaz e irreconciliable. (Déjase entender que hablo de ferocísimo Calleja que acababa de suceder en el virreinato de México a Venegas.)

Para terminar las desazones de los vocales de la Junta de Zitácuaro que produjeron el amargo fruto de la espantosa derrota de Puente de Salvatierra, y que comprometieron al general Morelos por elección de los mismos vocales a una providencia definitiva, los emplazó para la villa de Chilpantzinco donde reunió el primer Congreso Nacional, citando a los primeros sabios a quienes dio una representación provisional, menos a los que fueron nombrados por provincias libres de enemigos como la de Oaxaca y Teipan. El 13 de septiembre de 1813 vio la América por primera vez su representación nacional, y este día habría sido el más fausto de ella, si un genio maligno no hubiese seducido al ejército a que le proclamase generalísimo, título que rehusó constantemente, y que sólo aceptó por calmar la sedición militar que se preparaba, después de haber hecho presente a los facciosos que aquel título ni podía convenir a un sistema liberal representativo, ni menos al que mandaba el ejército de una nación, en el que no aparecían tropas auxiliares extranjeras, y por cuya causa únicamente pudiera dársele. A tan pomposo título subrogó por sí mismo, y se honró más que con el primero, tomando el modesto de Siervo de la Nación: sí, diga lo que quiera la malicia de Calleja en su Manifiesto, la humildad de Morelos no le permitía aspirar a condecoraciones brillantes: su patria, su adorada América en plena libertad, era el ídolo a quien sacrificaba su corazón. Recibió por tanto los homenajes más sinceros de los pueblos; aumentó a un punto indecible el cariño que le profesaban; y a la idea de este león terrible que rugía en las campañas, se acompañaba como correlativa la de un padre dulce, la de un hombre sincero, la de un amigo fiel, y la de... ¡oh Morelos, apártate de mi imaginación por este instante, porque la memoria de tu existencia hace caer la pluma de mi mano, y me convierte en un emblema de dolor!... Yo me acuerdo cuando te hablé las últimas palabras, cuando besé tu mano, cuando te estreché en mis brazos, y cuando con toda la efusión de un corazón agradecido, supliqué al Ángel protector de la América que guiase tus pasos, y que te cuidase como a la pupila de mis ojos: ¡ah! no plugo al cielo; yo me postro y adoro pecho por tierra los inefables decretos de su alta Providencia...

El 8 de noviembre (1813) parte Morelos de Chilpantzinco con su ejército: pasa el Mexcala con un buen tren de artillería sacado de Acapulco: penetra el largo espacio de más de cien leguas por donde acaso no se había visto la huella humana: llega a su

curato de Carácuaro, y su corazón no puede resistir a las impresiones que recibe oyendo los votos de sus amados feligreses, ni a las halagüeñas sensaciones que le cansa la vista de aquella pobre casa donde había morado entre las dulzuras de la paz, ni de aquella humilde Iglesia que había erigido con sus propias manos. Allí permanece algunos días arreglando sus negocios domésticos que tenía abandonados, y lo que es más, los consagra a un novenario piadoso de Nuestra Señora de Guadalupe que reza con su escolta y amigos, para implorar el buen éxito en su jornada. Reunidos más de seis mil hombres de varias direcciones llegó Morelos a las inmediaciones de Valladolid hasta el punto de Santa María donde campó en 23 de diciembre de 1813. Previno a Galeana partiese con varios piquetes a ocupar la garita de Zapote, y que don Nicolás Bravo le siguiese con su división a retaguardia. Sale la guarnición de la plaza, se bate con Galeana, y éste en menos de media hora toma la garita y logra penetrar por algunas calles de la ciudad; pero Bravo es atacado por retaguardia con el auxilio que en la mejor sazón pudo llegar a Valladolid, comandado por el brigadier Llano, pero dirigido por el coronel don Agustín de Iturbide (hoy emperador de México). Replégase Bravo a Galeana batido a dos fuegos, y se empeña de nuevo otra acción terrible. Morelos apenas puede socorrer a estos oficiales porque distaban de su campo más de una legua, y era preciso atravesar por un barbecho pantanoso. Sin embargo, aunque destruida en la mayor parte la división de Bravo, sus restos y los de la de Galeana se abrieron paso espada en mano hasta el Cuartel General.

En la tarde del día siguiente la división de Matamoros y otros cuerpos cometieron la imprudencia de pasar revista de armas en frente de la plaza, de donde se destacó el mismo coronel Iturbide con trescientos caballos, doscientos infantes en la grupa y un cañón. Con la rapidez que caracterizaba sus movimientos ataca las filas de los americanos, penetra por en medio de ellas, y una de sus partidas llega hasta la tienda del mismo Morelos. Cuando la pelea estaba en su mayor ardor por entrambas partes llega en auxilio de Morelos el comandante Navarrete; pero no avisa de su llegada, y así es que sus fuegos protectores fueron contestados por los americanos como si fuesen enemigos; semejante equívoco produjo tal confusión que amigos y enemigos se batieron denodadamente. Conocióse el yerro cuando el daño era irremediable: de la tropa salida de la plaza pereció una parte; pero la confusión y el desorden que semejante desgracia causó en los americanos fue tal, que abandonaron el campo, la artillería, muchas municiones y no pocos equipajes, de que no se aprovechó el enemigo sino hasta pasado el segundo día de tan desgraciado suceso, pues el pavor fue general en ambos campos.

Recogidos los restos del ejército de Morelos que por la dispersión se redujo a menos de la mitad, pasó a situarse en la hacienda de Puruarán habilitándose con la artillería del general Muñiz, y con la que se puso a punto de defensa. El 6 de enero (1814) el mismo coronel Iturbide ataca este puesto con achaque de reconocerlo; pero se le resiste como tal vez no esperaba; sin embargo logra penetrar por la bagacera de la hacienda. En tal conflicto y abandonado el puente que proporcionaba la retirada al ejército americano por la tropa de don Ramón Rayón, el general Matamoros se halla en el más desesperado lance, y es hecho prisionero en el acto de pretender la fuga. Morelos no se halló en el ataque porque no se lo permitió su oficialidad. La pérdida de su segundo inspira el mayor desaliento: procura libertarlo, ofrece devolver por él a los prisioneros del batallón de Asturias, y aunque amenaza al virrey Calleja que haría uso en ellos del derecho de represalia, desprecia su intimación, hace fusilar a Matamoros, y en breve sabe que la conminación se había hecho efectiva en la costa de Acapulco y demás puntos de depósitos. Poco importaba a esta fiera la sangre española como él tuviese el vil placer de derramar la americana. Tal fue el principio de una larga y espantosa serie de desgracias: los triunfos de Morelos desaparecieron como un prestigio. Oaxaca fue ocupada por dos mil hombres al mando del brigadier Álvarez sin disparar un fusilazo (28 de marzo de 1814). Los ricos españoles que escaparon de la invasión de 1812, y que poseían sus tesoros en Veracruz, Puebla y México, costearon la expedición que no pocos traidores fomentaron desde él mismo seno de Oaxaca apoyándose en el influjo que tenía con el virrey el obispo Bergosa. Morelos cometió el error de dar pasaporte a los canónigos Vasconcelos y Moreno que salieron desterrados a Puebla e instruyeron al Gobierno muy a fondo del estado verdadero de Oaxaca. Pudiera Moreno haberse acordado de los favores grandes que debió al general prevalido de la cualidad de maestro suyo que había sido en el colegio. Morelos quiso rehacerse en la costa de Acapulco, pero ésta no era ya la época de sus triunfos pasados, faltaba entusiasmo, armamento, y numerario: el intendente Ayala a quien por gratitud de un préstamo hecho en circunstancias congojosas había mantenido en aquella provincia, había despechado con sus depredaciones a sus habitantes. En esta sazón Armijo llega, ve, y vence, hace suyo todo el sur. Las desgraciadas batallas perdidas en Tlacotepeque, Chichihualco, y otros puntos por la mala elección de jefe que sucedió a Matamoros en agravio de Galeana, no menos que la pérdida del atajo de Tordillas que conducían el resto del tesoro, la correspondencia, y actas del Congreso de Chilpancingo, colmaron la medida del infortunio; el amabilísimo y benemérito don Miguel Bravo es hecho prisionero por La Madrid junto a Tlapa, y muere en Puebla como su hermano don Leonardo en México en un patíbulo.

¡Generación ilustre que semejante a la de los Gracos y Escipiones ofrece sus más preciosos vástagos por la libertad de la patria! El Congreso en dispersión por los bosques de Ario, Santa Gertrudis, Uruapan y Apatzingán se reúne con un puñado de soldados, y guarecido entre los breñales inaccesibles: alimentados sus miembros con parota, maíz tostado, y llevando en comunidad una vida más mísera y estrecha que conocieren los rígidos espartanos, dicta en 22 de octubre de 1814 el decreto de sabiduría mayor que vieron los pueblos de este continente, en que dichosamente brillan la piedad, la libertad y la filantropía más acendrada. Si Reynal lo hubiese leído, no dudo que habría exclamado como cuando examinó la Constitución Angloamericana penetrado de dolor y entusiasmo... ¡Pobre de mí! pues no me veré sentado en medio de los respetables personajes de tu Areópago, ni asistiré a las deliberaciones de tu Congreso... moriré sin ver la mansión de las costumbres, de las leyes, de la virtud y de la libertad... Tierra tan sagrada no cubrirá mis cenizas aunque lo he deseado, y aunque mis últimas palabras serán otros tantos votos que dirija al cielo por tu prosperidad.

Tamaños trabajos no menos que los de la fuga de Ario en que por poco es sorprendida esta corporación por la bien combinada, secreta y rápida marcha que el señor Iturbide hizo atravesando desde Valladolid las más rudas montañas de Michoacán, en nada disminuyeron el valor y constancia de Morelos por nuestra libertad. Viósele en el campo de Atijo trabajar como al último soldado, clavar con sus propias manos las estacas de las trincheras, y talar con la hacha y la azada los más espesos bosques. Viósele después como oficial general amenazar al coronel general Andrade que se hallaba en Pátzcuaro con su división, y hacerle retirar recordándole su derrota de Orizaba. Viósele en el Congreso discurrir como político, y en el Gobierno obrar con una actividad que todo lo reanimaba. La llama de nuestra libertad brillaba aún como antorcha clarísima, en Zilacayoapan, en Xonacatlán, en las llanuras de Apan, en Puente del Rey, en las inmediaciones de Veracruz. Victoria bate en la Antigua a un correo y repara su necesidad con los despojos del convoy que le acompaña: se fortifica en Monte Blanco y en la Palmilla: abre comunicación con los Estados Unidos por Boquilla de piedra, y comienza a recibir sus auxilios: detiene un convoy riquísimo en Xalapa, y no habría pasado a no habersele negado las municiones que pidió a Tehuacán. Tan brillante conducta obligó a confesar al general Águila que ni con quince mil hombres podía pasar cuando la fuerza de Victoria apenas llegaba a ochocientos (parte de 19 de marzo de 1815). El Águila Mexicana extendía todavía sus alas maternales sobre sus hijos, y les aseguraba triunfos en Cóporo, Tortolitas, Tehuacán, Teutilán, Nautla, ¡pero ay, el genio de la guerra desaparece de entre nosotros! ¡Días de duelo, de mengua y confusión! ¿Quién podrá recordaros sin llorar sobre tanta

sangre derramada inútilmente en los campos de batalla y en los patíbulos? ¿Quién podrá escuchar sin estremecerse la relación de multitud de deserciones, de partidas numerosas hechas diariamente, no menos que las intrigas, perfidias y asesinatos? ¿Quién no invocará la justicia del cielo al ver disipada en Tehuacán la Corporación Nacional por un golpe de mano de un joven inconsiderado dado a tiempo en que los Estados Unidos se aprestaban a socorrernos, y cuando ya éramos dueños del importante punto de Galveston? Faltó Morelos, faltó la piedra angular del edificio, vínose a tierra, y sus ruinas nos cubrieron simándonos en lo hondo de la desolación. La mano de la historia guía nuestra pluma a referir el hecho más lamentable que pudiera llorar nuestro continente mexicano. Para hacerlo, concédaseme hacer una pausa, así como al caminante cuando intenta trepar por una asperísima montaña.

La adversidad fija irrevocablemente el carácter de los hombres y los purifica como en un crisol que descubre sus preciosos quilates. Ella los presenta en el verdadero punto de vista en que deben ser contemplados. Llegó el tiempo de observar ciertos hechos singulares de nuestro héroe que precedieron a su muerte, a esta época (en que como decía Plinio) el hombre se muestra sin embozo, y cual quisiera haber sido toda su vida. Dado el decreto provisional de Apatzingán, aquel decreto que emula a la sabia Constitución de Cádiz, y establecido el Gobierno liberal a cuya cabeza se colocó Morelos, se creyó ser tiempo de trasladar el Congreso a Tehuacán; ora, para reconcentrar las fuerzas diseminadas y arreglarlas; ora para ocupar las provincias de Veracruz, Puebla y Oaxaca; ora en fin para ponerse en pronta comunicación con los Estados Unidos por los puntos de Boquilla de piedra y Nautla. Distribuyéronse seiscientos pesos a cada vocal del Congreso para equiparse. Morelos nada tomo para sí, vendió sus vestidos y parte de una recua de avío que le habían dado sus feligreses.

Emprendiose la caminata por una línea enemiga de más de sesenta leguas con menos de quinientos hombres. A las orillas del Mezcala pasaron junto a la fortificación de Totolzingtla; pero el enemigo no osó presentársele, como ni tampoco cuando se acercó al pueblo de Tulimán aunque se hallaba a tiro de fusil, no obstante que cada comandante tenía orden de perseguirlo en su respectiva demarcación. Morelos pasó el río de Tenango siendo el primero en botarse al agua aunque estaba bien crecido. Campó en Tesimalaca: hizo allí mansión por espacio de un día: vendiéronsele los indios por amigos, y pudieron observar de cerca el miserable estado de su fuerza de que dieron razón exacta al coronel don Manuel de la Concha. Morelos se creyó allí seguro, tanto porque en aquel punto acababa la línea militar, como porque en él deberían reunírsele varios piquetes de tropa de Guerrero, Sesma y Terán. ¡Desgraciado!,

ignoraba que sus correos mandados a estos jefes se habían extraviado perdiendo la correspondencia que llevaban.

Detenida la división en aquel punto, ocurrió una lluvia en aquella noche que en parte inutilizó el armamento. Púsose en marcha al siguiente día (5 de noviembre de 1815) y apenas había caminado legua y media, cuando se avistaron dos compañías de realistas de Teloloapan y de Zamora. No era ésta la fuerza principal de Concha, ni venía a batirlo sino a reconocerlo, y picarle la retaguardia. Morelos tomó al momento posiciones de defensa: colocó al oficial Lobato con cien hombres: pero abandonó el flanco izquierdo: entró la confusión en la tropa que defendía el punto, y se puso en fuga. Presumiendo Morelos que la acción era perdida dijo a don Nicolás Bravo... Vaya usted a escoltar al Congreso, que aunque yo perezca no le hace, pues ya está constituido el Gobierno. Así es, que se quedó solo con sus asistentes sosteniendo el fuego personalmente: remudó caballo, y sólo permaneció en su compañía un criado que también lo abandonó; sin embargo al imperio de su voz vino, y le acompañó en retirada. Morelos caminaba desprendido el pie derecho del estribo, y dirigiendo la vista al enemigo le hacía fuego, pero sin dejar de chupar un puro que traía en la boca. ¿Quién creerá que en este conflicto pidiera al criado le diese un perón de los que el día anterior se habían hallado en Tesimalaca? Conoció entonces Morelos lo difícil que le era trepar a caballo por aquellas asperezas, apeose de él, apostando a su asistente de centinela mientras que se quitaba las espuelas para subir por su propio pie: díjole éste que los enemigos estaban ya encima, y le preguntó qué haría... Rinde las armas y sálvate, le respondió Morelos... Apenas había hablado estas palabras, cuando vio sobre sí las carabinas enemigas que le asestaban dirigidas por un tal Matías Carranco, pérfido desertor suyo. Fíjole la vista Morelos y le dijo serenamente... Señor Carranco, parece que nos conocemos. Pudo éste haberlo matado, pero no lo hizo. En recompensa de esta gracia que llamaremos con Cicerón gracia de salteadores, le dio Morelos uno de sus relojes. Apresose juntamente con él su asistente que logró huirse de Tenango. Conducido a Tesimalaca se le pusieron grillos, y la tropa europea lo llenó de dicterios usando con él del lenguaje de abominación que es exclusivamente suyo, y que hasta su llegada no se había oído en lo interior de América. Reconvínole a Concha sobre este procedimiento que él no había tenido con los prisioneros españoles: remediolo, y quitándole las prisiones le trató con una generosidad desconocida. Al entrar en Tepecuacuilco comenzaron a sonar las campanas, tirar cohetes y hacer el pueblo otras demostraciones de regocijo. Morelos dijo a Concha... Cómo se conoce que vengo aquí: ya he sabido de estos gustos. Al entrar en San Agustín de las Cuevas se presentó a verlo multitud de gente baldía y holgazana de la que vegeta en México:

de estos sibaritas que gritan viva al que vence: que nada han hecho por su patria sino engrosar las filas de sus asesinos para disputar osadamente a los beneméritos de ella la preferencia, y distinción en los primeros puestos luego que se ha conseguido el triunfo, tan sólo porque vistieron jerga, y no se perfumaron con almizcle y agua de colonia: de éstos, que sólo se acuerdan de la rancia nobleza de sus abuelos, y de los leones y cuarteles que orlan los blasones de sus armas nobiliarias y caprichosas, compradas al Gobierno español con lo que formó una parte de sus depredaciones, y que a semejanza de los caballos si los monta el cristiano obran contra el moro, y si el moro pelean contra el cristiano. Entre éstos se dejó ver una vieja extranjera semejante a una estantigua que osó insultarlo, y a quien Morelos respondió blandamente diciéndola... Señora ¿que no tiene usted qué hacer en su casa? Reducido a prisión en la Ciudadela se presentó el auditor Bataller a tomarle declaración: Morelos le dirigió la vista poniéndose la mano derecha sobre los ojos para observarlo... ¿Usted es el oidor Bataller?, le dijo. Sí soy, le respondió con altanería — ¡Ah, cuánto siento no haber conocido a usted algunos días antes! Si es cierto que un Galo respetó a Mario en el acto de matarlo, no lo es menos que la presencia de Morelos aterró a muchos de los que le rodeaban; pues a la idea que presentaba su persona eran correlativas las de sus hechos memorables que excitaban sorpresa. Observó que un joven le miraba con interés para retratarlo en cera, y entonces se puso en buena actitud cual otra Carlota Corday. En los interrogatorios se comportó con la mayor dignidad y honradez pues a nadie quiso comprometer en sus dichos. En la Inquisición, en este lugar de iniquidad donde la política española ponía en movimiento todos los resortes de su crueldad mezclada con superchería y fanatismo, y a donde se le llevó como a ateísta (a pesar de que con sus propias manos había erigido un templo al verdadero Dios del cielo, y escrito el novenario piadoso del santo Cristo de Carácuaro), conservó igualmente su noble entereza. Puesto en farsa en un infame autillo, y rodeado de un aparato que sólo servía para ridiculizar a los que lo presidían y apoyaban, solamente se le notó alguna confusión en el momento de raele la corona y las manes para degradarlo. El hombre es esclavo de su imaginación, y siente como aprehende. El carácter sacerdotal de Morelos era indeleble y sagrado. El obispo que lo degradaba lloraba también; pero era de regocijo, tal vez recordando las peregrinaciones que había hecho a pie emigrando por mero capricho de Oaxaca a Tabasco, después de que había levantado contra él un batallón de sacerdotes que lo persiguiesen, ofreciendo remunerar con beneficios de la Iglesia al que mayor número de americanos matara con sus manos ungidas.

Cuando se le llevó a fusilar a San Cristóbal Ecatepec se le preparó de comer en el cuerpo de aquella guardia; sentose, y lo hizo con más serenidad que Leónidas en el último banquete con que refaccionó a sus trescientos espartanos para sorprender el campo de los persas e inmolar vivo a Xerxes. La conversación rodó sobre el mérito de la fábrica material de aquella Iglesia y de cosas indiferentes. Concluida la comida le dijo Concha... ¿Sabe usted a qué ha venido aquí? — No lo sé pero lo presumo... A morir. — Sí, pues tómese usted el tiempo que necesite. — Dentro de breve despacho, dijo Morelos; pero permítame usted que fume un puro pues lo tengo de costumbre después de comer. Encendiolo con tranquilidad: trajéronle a un fraile para que lo confesase... Que venga el cura, dijo, pues no he gustado de confesarme con frailes; de hecho, vino el vicario, y encerrándose en una pieza recibió la última absolución. Oyó tocar cajas, vio desfilar la tropa y dijo... Esta llamada es para formar; si la tropa aguarda no mortifiquemos más... Deme usted un abrazo señor Concha y será él último que nos demos. Metió los brazos en la turca, se la ajustó bien y dijo, Ésta será mi mortaja pues aquí no hay otra. Quisieron vendarle los ojos y se resistió diciendo No hay aquí objeto que me distraiga, Sacó el reloj: vio la hora: pidió un crucifijo y le dijo estas formales palabras: Señor, si he obrado bien, tú lo sabes; y si mal, yo me acojo a tú infinita misericordia. Persistieron en que se vendase los ojos, y sacando su pañuelo lo hizo él mismo dándole vueltas por las puntas encontradas y se lo amarró. ¿Aquí es el lugar?, preguntó. Más adelante le respondieron. Dio unos cuantos pasos, y habiéndole dicho que se hincase lo hizo, y por detrás lo fusilaron duplicándole las descargas por no haberse empleado bien los primeros tiros.

Al caer dio dos botes contra el suelo, y un horrendo y herido grito cual pudiera un tigre puesto entre el cazador y el venablo: grito con que invocó la justicia del cielo, grito con que anunció a la España que perdería el mundo hermoso de Colón por cuya libertad se inmolaba tan preciosa víctima; grito en fin, que resonó en los senos más profundos del corazón de los buenos americanos. Su alma voló a colocarse en aquel lugar distinguido, que según la expresión de Tulio, tienen los dioses preparado a los que amaron su patria y dieron por ella su vida.

¡Naciones encorvadas bajo el yugo de la tiranía!, mirad cómo ha muerto el héroe de Michoacán, el que nació en el suelo de Catzonzi, de aquel ilustre monarca que al tiempo de ser cubierto con los leños de la hoguera que lo redujo vivo a cenizas, mandó a sus amigos como último comunicado de su voluntad, que las recogiesen en un saco, y llevasen de pueblo en pueblo por todos los de su reino diciendo a voz herida... Mirad cómo pagaron los españoles los servicios que les hizo vuestro rey.

El hijo de Sofronisco y de la humilde Fainarate, el padre de la moral, bendice la copa de cicuta que le quita la vida: se pasea y aguarda la convulsión y helamiento de sus miembros para recibir con serenidad a la muerte. Morelos abraza al que le quita su libertad y regenta su suplicio. Examina tranquilo este lugar, y en él pone por testigo de la rectitud de sus intenciones a aquel hombre Dios que profundió su último suspiro por la libertad de un pueblo deicida. No se deja vendar los ojos porque había visto con ellos el minaz aspecto de la muerte en el campo del honor. ¡Cenizas venerables del hombre impávido, recibid nuestras lágrimas como flores de honor que esparcimos sobre vuestro sepulcro!... ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Por qué te separas de tus hijos? Si el genio de la libertad mexicana desapareciera de entre nosotros, volaríamos a esa fosa, y con tristes gemidos lo evocaríamos, para que saliendo acompañado del silencio y cual éter purísimo del cielo, reanimase y alegrase a sus desfallecidos amigos... ¿Qué no tenga yo en esta vez (diré con Reynal en alabanza de los héroes Angloamericanos) el genio de la elocuencia de los célebres oradores de Roma y Atenas? ¡Con cuánta elevación y entusiasmo hablaría de este hombre generoso, que con su paciencia, sabiduría, valor, y con su misma sangre levantó el grandioso edificio de nuestra libertad e independencia! ¡El mármol y el bronce lo mostrarán a las edades más remotas. El amigo de la libertad cuando reconozca su busto, sentirá que sus ojos se llenan de deliciosas lágrimas, y su corazón se despedaza de sentimiento! ¡Si, Morelos mío! Yo he aplicado mis impuros labios sobre tu frente majestuosa, y he besado tu triunfante mano estrechándola contra mi pecho: ése ha sido el momento más dulce de mis días, y su memoria recuerda en mi alma la ilusión más halagüeña, más pura y festiva. ¡Grito herido y pavoroso de la universal resurrección!, despréndete del empíreo, retiembla por las bóvedas sepulcrales; anima al polvo; da el ser a la nada, para que a tu voz horrisona salga triunfante de entre la lobreguez de la tumba, el héroe valiente que viera Michoacán... Cubierto con una túnica blanquísima de inmortalidad: ceñidas sus sienes con una corona de luceros, y empuñando en su diestra la verde palma del triunfo, dijera a los déspotas y tiranos... Mirad ya el premio del desapropio que hice de mis bienes, de mi reposo, de mi vida; yo gozo de una dicha perdurable, porque rompí el cetro de un monarca ferocísimo, de un ingrato, que tornó a sus pueblos, a la esclavitud por aquella libertad que ellos le compraron con su sangre, o con sus tesoros... Yo soy irrevocablemente feliz, mientras vosotros cargados con el anatema de las naciones gemís atormentados en un eterno cruciatu. ¡Monstruos que afligís la tierra y la plagáis con todo género de crímenes y desdichas!, dirigid ya una mirada sobre este cuadro que os trazó mi torpe pluma, y que han humedecido las lágrimas de mis ojos... Si aún hay en vuestros corazones un resto de pudor, corredse, y

decidíos a imitar las virtudes del héroe prodigioso que trastornó hasta los fundamentos del opulento Imperio mexicano.

¡Compatriotas! Dad ya eterno prez y nombradía al cura de Nucupétaro y Carácuaro: al héroe del sur: al fundador del primer Congreso Nacional de Anáhuac: al legislador de Apatzingán: al plantador del primer Gobierno liberal... Conoced por estos títulos de honor, al benemérito y excelentísimo SEÑOR DON JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN, cuya alma descansa en paz, y sus virtudes sean imitadas por las generaciones venideras.

Al impertérito general Morelos
Oda elegíaca

Triste gemido desde el hondo valle;
Triste gemido los fragosos montes;
Por todas partes pavoroso suena
 Triste gemido
La regia Ninfa que de perlas y oro
Su níveo manto recamara un día,
Y a quien las plumas, la macana y flechas
 Dieron adorno.
Hoy, hechas trozos las usadas galas,
En negro manto pálida se envuelve;
Perenne añubla sus rasgados ojos
 Llanto salobre.
Entre sollozos balbuciente clama,
¡Cuánto de males a mis caros hijos!
¡Cuánto prepara de dolor para ellos
 Hado maligno!
En sólo un golpe, despiadada, sumas
Cuantos tres siglos me causaste males,
Dura cadena me ciñendo en torno,
 Bárbara España.
Huracán recio furibundo sopla,
Mi firme apoyo me arrebató y huye;
Yace por tierra la esperanza mía;
 Muere MORELOS.
¿Cómo no tiemblas, bárbaro verdugo,
Cómo no tiemblas ante el héroe excelso
Que llenó siempre de terror y asombro
 Huestes Iberas?
¿No te retrata su serena frente

Tantas virtudes, que en tan alto grado
Nunca adunadas poseyera de antes
Hombre ninguno?

Oye los manes de millares ciento,
Que domar supo en las revueltas lides,
Aún lo respetan, y a la par te gritan
“¡Bárbaro, tente!

“A esa tan noble, tan preciosa vida
“Le corresponde término glorioso;
“No, no mancille la memoria nuestra
Mano menguada”.

Mas él no escucha ruegos ni amenazas,
Hace desprenda la ominosa chispa;
La muerte, al brillo de azufrosa llama,
Rápida vuela.

Yace sin alma, la preciada gloria
De la oprimida mexicana gente:
A ella es el duelo; y el Ibero crudo
Duerme tranquilo.

¡Ay de las huestes que a victoria siempre
Llevó certero el inmortal caudillo!
¡Ay del anciano, de la triste viuda.
Ay de mis hijos!

Por siempre oculta pavorosa huesa
Laureles, ahora, secos y marchitos,
Con que su frente coronó gloriosa
Marte el indiano.

Cuautla, Acapulco, Petatán, Oaxaca,
Otros mil teatros de su heroico aliento
El os dio fama; pero sois agora
Triste memoria.

Voz ronca vaga por la inmensa tierra,
Y murió dice, feneció MORELOS:
Y con él quiere sepultarse luego
Todo el imperio.

Murió: por nuevo y áspero sendero

Mi suspirada libertad buscando;
Murió, y me deja en bárbara cadena
Triste gimiendo.

¿Por qué indignado me arrebató el cielo
La cara prenda de mayor valía?
¿Será que quiera que por siempre arrastre
Grillos pesados?

¡Ah, nunca, nunca! las cenizas frías
De ese héroe grande inspirarán aliento
Ya, ya se acerca un vengador: España,
Suelta la presa.

Y tú, MORELOS, desde el alto olimpo
Do de los dioses compañero habitas,
Procura tenga mi dolor consuelo;
Cuida tu patria.

El Centzontli, núm. 1

Análisis de los cargos hechos por la Inquisición de México al señor general don José María Morelos, y monumentos de su inculpabilidad en su conducta religiosa para memoria de su historia

Amigo mío: He recibido la copia de cargos que se le hicieron al señor General don José María Morelos por el fiscal de la Inquisición doctor don José María Tirado, y desde luego estimará usted este papel como yo lo hago, pues ha llegado la época de desenterrar muertos, decir verdades, y compadecer aquellos hombre del momento que se dieron en espectáculo, y ahora sirven de materia a nuestras conversaciones.

El primer cargo del autillo y degradación de dicho jefe dice así:

Que había despreciado las censuras eclesiásticas fulminadas en general contra los insurgentes, Inquisición, obispos, y cabildos sede vacante, y la particular que contra él fulminó el señor Abad y Queipo, obispo electo de Valladolid, excomulgándolo nominatim, y declarándolo hereje permaneciendo en ellas sin pedir absolución.

II. Que habiendo encontrado en la casa del comandante Fuentes un paquete de edictos de la Inquisición, lo entregó para cartuchos diciendo ser papeles inútiles.

III: Que mandó quitar los mismos edictos por orden circular de todas la iglesias de Oaxaca.

IV: Que confesaba, comulgaba y oía misa no teniéndose por excomulgado.

V: Que despreciaba las leyes eclesiásticas no rezando el Oficio Divino, ni aun en la cárcel, después que tuvo Breviario, pretextando tener corta vista, lo cual es falso.

VI: Que no tenía Bula de la Santa Cruzada, despreciando las gracias e indultos apostólicos.

VII: Que decía misa estando irregular.

VIII: Que permitía se autorizasen los matrimonios por párrocos intrusos puestos por él, no creyendo sin duda la necesidad de jurisdicción en el ministro para su valor.

IX: Que había puesto vicario general castrense.

X: Que había decapitado a 200 europeos en el cementerio de Acapulco, despreciando lo sagrado del lugar que violaba.

XI: Que les atribuía muchas herejías (que se relataron por menor en el proceso) a los europeos y demás realistas.

XII: Que había hablado mal de todos los obispos.

XIII: Que en contestación a una carta del señor obispo de Puebla Campillo decía, que más quería pedir dispensa de la irregularidad, acabada la guerra, que morir en la guillotina sin sacramentos, de donde deducía el fiscal, que apreciaba más la vida del cuerpo que la del alma con conocido error.

XIV: Que al mayor de los tres hijos que tuvo lo había enviado a estudiar a los Estados Unidos de América, deseoso (como creía el fiscal) de que aprendiese las máximas de los protestantes para volver a continuar la empresa de su padre.

XV: Que había ayudado a formar la Constitución de Apatzingán dictando sus errores y ratificándolos con su firma.

XVI: Que había leído los errores de Voltaire, Rousseau y otros, de donde había sacado las máximas vertidas en la Constitución.

XVII: Que cooperó al insulto que sus tropas hicieron al Santísimo Sacramento, y al robo de una iglesia.

XVIII: Que negaba el primer principio práctico universal, bonum est faciendum, & malum fugiendum; de donde se seguía que confundidas las ideas de la moralidad juzgaba bajo lo bueno, y lo bueno malo.

XIX. Que sus costumbres licenciosas fundaban sospecha de su herejía sobre lo que pidió el fiscal que declarara.

XX. Que se había levantado contra el rey faltando a la obediencia que debemos prestarle, tao encargada en las Sagradas Letras, y a las potestades que gobiernan en su nombre durante su cautividad.

XXI. Que había continuado rebelde al rey después que volvió a su trono.

XXII. Que recibía los santos sacramentos sin enmendarse de los homicidios y guerra que sostenía.

XXIII. Que artificioosamente había reducido sus respuestas a las menores palabras para estar en disposición de confesar solamente aquello de que lo convencieran, y ocultar lo demás sin temor del Juez Supremo.

Respuesta a estos cargos

Al 1.º hasta el cuarto dijo: Que el edicto del señor Abad y Queipo no había llegado a su noticia hasta que aquí se le manifestó: que de los otros creía no contener una verdadera excomunión por emanar de instancias y violencia del Gobierno secular, y por las demás razones que daba el doctor Cos en su periódico El despertador, y otras

que contenía un papel que corrió entre los insurgentes cuando se suprimió la Inquisición que comenzaba Omnes salvos, cuya lectura tranquilizó al declarante.

Al V. cargo dijo: que la guerra le pareció justa y no le dejaba lugar para rezar por lo que se creía dispensado: que en la cárcel no lo había hecho por falta de vista, sino de luz.

Al VI. cargo dijo: que los insurgentes no compraban Bula de Cruzada por no darle al rey dinero con que les hiciese guerra.

Al VII. cargo dijo: Que desde el 25 de octubre de 1810 en que se tomó las armas, hasta 11 de enero de 1811 en que por primera vez se creyó irregular dijo una misa, y más adelante había dicho otra por enterrar con pompa a un cura, y a falta absoluta de quien la pudiera decir, cuya falta trató luego de remediar.

Al VIII. cargo dijo: que el padre Ponce Valenciano prior de Santo Domingo de Puebla, y el licenciado N. le contaron que habiendo habido en Polonia una revolución semejante a ésta, después de fenecida revalidó el papa todos los matrimonios, alabando el celo de los ministros que a falta de párroco los habían presenciado. Que Venjuznea afirma, que en casos extraordinarios no se necesita párroco como si personas de ambos sexos arribasen a una isla desierta donde se casarían según derecho natural.

Al IX. cargo dijo: que sin quererle atribuir jurisdicción de párroco castrense había nombrado uno en su ejército con el fin de que cuidase a los demás, así como el señor Rayón había nombrado otro en el norte.

Al X. cargo dijo: Que a los prisioneros que hizo morir fuera de Acapulco y que condujo su teniente Galeana los ejecutó en la Quebrada, y a sólo nueve dentro de Acapulco en el hospital, lo que se había hecho para realizar la propuesta que dirigió al virrey siempre que decapitase a su teniente Matamoros; y a pesar de la muerte de éste, sólo había decapitado en represalia 210.

Al XI. cargo dijo: Que los insurgentes si hablaban mal de los europeos era precisamente de los que eran malos.

Al XII. cargo dijo: Que del señor Abad y Queipo había dicho que no era obispo por las razones que alegaba el doctor Cos en su manifiesto, entre otras la de ser ilegítimo dicho señor Obispo, como éste lo confesó en su apología, y del señor Bergosa que era cruel por el trato que había dado a los eclesiásticos insurgentes: que no había hablado mal de ningún otro.

Al XIII. dijo: Que la proposición no contenía sino un sentido natural: que mataba (contrayendo así la irregularidad) por defenderse y escaparse de que lo cogieran, con ánimo de pedir dispensa cuando pudiera.

Al XIV. dijo: Que por no haber colegio donde estuviese seguro su hijo aprovechó la ocasión de enviarlo a los Estados Unidos, al cargo de dos personas que iban de embajadores a quienes reencargó lo preservasen de todo extravió.

Al XV. dijo: Que en la formación de la Constitución no tuvo más parte que remitirle a sus autores la Constitución española, y algunos números del Espectador Sevillano, y no advirtió los errores que se dice se advierten en ella.

A los cargos XVI. a XVIII. no respondió, acaso porque no se le hizo declarar sobre ellos; y en cuanto a la pregunta de que su hijo era adivino respondió que no contestaba patrañas.

Al XIX. dijo: Que sus costumbres no habían sido edificantes, pero tampoco escandalosas, pues sus hijos no se tenían por suyos en el ejército.

Al XX. dijo: Que creyó estaban los americanos en el caso de obrar como los españoles, pues sabía que por una ley de indias éstas deberían volver a su antiguo dueño faltando el rey de España. Que había entrado en la revolución movido en parte por el respeto que debía al cura Hidalgo, y descansando en el dictamen de una persona que le aconsejó que solamente economizase la efusión de sangre.

Al XXI. dijo: Que entre los insurgentes no se creía el regreso del rey a España, y que él tenía para sí, que en caso de ser cierto habría regresado como teniente de Buonaparte conducido por tropas francesas, y no tan católico como cuando salió de España.

El fiscal también produjo otras tres conjeturas o sean cargos para probar que era hereje: y entre ellos su bajo origen, pues no podía señalar a sus abuelos sobre lo que pidió que declarase: así es que en cuanto al cargo vigésimo segundo dijo: que los homicidios los tenía por tan justos como las tropas del rey estimaban a los que hacían en los americanos.

Al cargo XXIII. satisfizo diciendo: que no había ocultado advertidamente la verdad en sus declaraciones. Finalmente, en cuanto al veinte y cuatro dijo: que era hijo de un honrado carpintero y de la hija de un maestro de escuela de Valladolid: que sólo había omitido el nombre de su abuela materna por no acordarse; pero que había expresado el de sus ascendientes y abuelos paternos, y el nombre y apellido del materno: que se había ocupado en la labranza hasta la edad de 25 años que comenzó a estudiar gramática, y después filosofía y teología moral.

Por la respuesta a tales cargos el Tribunal de la Inquisición compuesto de los doctores don Manuel de Flores y don Matías Monte Agudo en sentencia definitiva fallaron: que el presbítero don José María Morelos era hereje formal, cismático, apóstata, lascivo hipócrita, enemigo irreconciliable del cristianismo, y como a tal lo

condenaron a la pena de deposición, a que asistiera a su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello, y vela verde: a que hiciera confesión general, y tomara ejercicios; y para el caso inesperado y remotísimo de que se le perdonara la vida, a una reclusión para todo el resto de ella en presidio de África a disposición del inquisidor general, con obligación de rezar todos los viernes del año los salmos penitenciales, y el rosario de la Virgen, fijándose en la iglesia Catedral un sambenito como a hereje formal reconciliado.

A la ejecución de esta sentencia (según el Noticioso General número 40) precedió relación de la causa, y aprobación de una Junta de Teólogos compuesta del señor obispo de Oaxaca don Antonio Bergosa y Jordán, del señor marqués de Castañiza obispo electo de Durango: de los señores don José Mariano Beristain, don Juan José Gamboa, don Andrés Fernández de la Madrid, y don Juan de Sarria y Alderete, por todos los cuales se decidió que el señor Morelos era reo de alta traición, y digno de la deposición perpetua y de degradación solemne. En dicho papel se leen las siguientes palabras... "En fin Morelos quedó para siempre desnudo de su carácter sublime de sacerdote, retornado a la clase de un secular obscuro, e infinitamente detestable por sus maldades sin ejemplo". Tal vez el autor de esta proposición era muy más digno del autillo que el desgraciado cura de Nucupétaro. Juzgue ya sobre estos sucesos la imparcial posteridad. Los que aspiran al restablecimiento de este Tribunal conózcanlo por sus obras como se conocen los árboles por sus frutos: no son estos procedimientos del siglo de Torquemada, de aquel que hacía grandes fritangas de herejes: lo son de principios del siglo diez y nueve en que las luces de la filosofía han penetrado hasta por las rendijas de los calabozos inquisitoriales. Justo es que salgan a luz y se sometan al examen de la filosofía unos procedimientos ejecutados entre las tinieblas, el silencio y las bayonetas protectoras de este linaje de iniquidad. Morelos se presentará inocente, religioso, perseguido, y libertador heroico de su patria, y obtendrá un lugar distinguido en el Martirologio de las víctimas de la Inquisición de México.

De Xalapa escriben lo siguiente: "Estar se alistando 6 balandras cañoneras y un bergantín de guerra para venir al auxilio de San Juan de Ulúa: que los comisionados nombrados por la Corte de España deberían estar muy pronto aquí; que aquel Gobierno tiene proyectos de reconquista confiados en el auxilio de otra potencia europea: que Puerto Rico y La Habana deben ser puntos de reunión, etcétera, etcétera."

MÉXICO: 1822.
Oficina de don José María Ramos Palomera.

Historia militar del general don José María Morelos, sacada en lo conducente a ella de sus declaraciones recibidas de orden del virrey de México, cuando estuvo arrestado en la Ciudadela de esta capital

Suplemento al cuadro histórico de la revolución mexicana, o sea la historia militar del general don José María Morelos, sacada literalmente en lo conducente, de la causa que le formó la capitanía general de México.

Cuando el general Morelos fue preso, el virrey Calleja deseoso de formar una idea exacta del estado de la revolución para informar a la corte de Madrid, comisionó al coronel don Manuel de la Concha para que recibiese una declaración del señor Morelos arreglándose al interrogatorio siguiente.

Pregunta primera: ¿En qué fecha y paraje tomó partido en la rebelión, y si fue por decisión y conocimiento propio, o por comisión, sugestión y persuasión de otras personas expresándolas?

Morelos respondió lo siguiente. "Que a principios de octubre de 1810, tuvo noticia en su curato de Carácuaro por don Rafael Guedea, dueño de la hacienda de Guadalupe, que se había movido una revolución en el pueblo de Dolores, y que la acaudillaba su cura don Miguel Hidalgo, quien asimismo supo que marchaba con una reunión sobre la ciudad de Valladolid, con cuyo motivo salió el exponente a informarse de los que obligaban a aquel movimiento; porque ya había advertido que algunos europeos emigraban de Pátzcuaro, Valladolid y demás poblaciones contiguas, temiendo un funesto resultado por las marchas de Hidalgo: Que en efecto encontró a éste en la ciudad de Charo después de haber salido de Valladolid, dejando esta ciudad por suya, y con dirección a México; y habiéndole prevenido que lo acompañase hasta Indaparápeo, aquí le aseguró que los motivos que tenía para aquel movimiento o revolución, eran los de la independencia que todos los americanos se veían obligados a pretender, respecto a que la ausencia del rey en Francia les proporcionaba coyuntura de lograr aquélla; que a consecuencia admitió el que responde una comisión que Hidalgo le confirió, en que terminantemente decía... Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente el bachiller don José María Morelos, cura

de Carácuaro, para que en la costa del sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado... Que estas fueron, las de que por todos los lugares que pasara se encargara y recibiera el gobierno y las armas que existían, encargando aquel nuevamente al sujeto que lo obtenía no siendo europeo bajo las circunstancias que le parecieran, y que siéndolo le embargase sus bienes para fomento y pago de las tropas; cuya circunstancia debería observar con cualquier europeo que aprendiese, remitiendo su persona a la intendencia más inmediata: Que también le encargó la toma de Acapulco, cuyo objeto como principal le obligó a Hidalgo a darle al exponente la comisión por el rumbo de la costa del sur. Igualmente le previno Hidalgo, que los europeos habían de ser confinados, dando lugar a los casados para que se reuniesen con sus familias para que cada uno marchase a su tierra, o a una isla que se destinaría. Que tanto por el movimiento de Hidalgo, cuanto por la excomunión que el señor Abad y Queipo obispo electo de Valladolid, había expedido en contra de Hidalgo y sus secuaces, le obligó al que declara a verse con éste, porque la censura la había publicado y fijado el que responde en su curato de Carácuaro. Que a consecuencia sin haber precedido más que su acción voluntaria, solicitó a Hidalgo, y admitió de él la comisión referida, supuesto que éste le aseguró que la excomunión no le comprendía, y que ya España estaba por los franceses”: y responde

A la segunda pregunta que dice ¿Cuáles fueron las causas o razones que le obligaron a abrazar dicho partido: si estaba convencido de la justicia y legitimidad de ellas, y qué pruebas tenía?... Morelos respondió... “Que con lo que ha expuesto en la antecedente, satisface completamente las que comprende ésta; aunque también le pudo mucho para convencerse de la justicia que a su parecer llevaba Hidalgo, la de unas vulgaridades, como eran, que los europeos se iban a echar sobre los eclesiásticos y sus bienes: que también tenían dispuesto apresar con el mayor rigor a los americanos, y degollar hasta ciertas edades a éstos, supuesto que por fin los europeos tenían ciertas conexiones con los franceses referentes a entregarles este reino”: y responde

A la tercera pregunta que dice ¿Con qué fuerzas y medios contó desde luego, y contaba en lo sucesivo para llevar al cabo la insurrección: cuáles son los que ha empleado hasta el día con mejor suceso, y qué objetos se proponía? A tal pregunta satisfizo diciendo... “Que sólo con 25 hombres que pudo reunir en la demarcación de su curato con algunas escopetas y lanzas que mandó hacer, emprendió la marcha para la costa por Zacatula, en donde mandó llamar a don Marcos Martínez, capitán de una compañía de 50 hombres de caballería, que por el rey guarnecía aquel punto, y a la

más mínima insinuación que le hizo ofreció incorporársele, como en efecto lo ejecutó en el Veladero, no sólo con su gente y armas; sino que siguió con todos sirviéndole en el paso de la Sabana cinco meses, después de los cuales le mandó el exponente a Zacatula con título de comandante de este punto, en el cual le sirvió para recibir los prisioneros que como lugar destinado mandaba allí continuamente: que este individuo se mantiene aún como retirado en el mismo Zacatula: que en prosecución hizo lo propio en Petatán (o Petatlán) en donde reunió 103 hombres que formaban la compañía, de aquel pueblo, y porque su capitán don Gregorio Valde Olivar había salido para México con motivo de un pleito, sorprendió a la mujer de éste, quien le entregó las llaves que guardaban 50 fusiles y 50 lanzas, que fueron las armas de que se apropió en este punto. Con éstas, la gente referida, y la demás de las rancherías que se le iban reuniendo marchó a Teipan, en donde se le agregaron como 200 hombres que armó con 42 fusiles y otras tantas lanzas de que se componía aquella guarnición; de tal suerte que con las lanzas que mandó hacer, y la gente que le siguió compuso su fuerza como de 600 hombres, con los cuales prosiguió sus marchas. El comandante de Teipan Fuentes había fugado para Acapulco; pero la gente que le siguió en su mayor número, se volvió con las armas a Teipan, en términos que sólo le quedaron a Fuentes como 12 hombres. Que caminó por el Zanjón, Coyuca hasta el Aguacatillo, en donde llegó el caso de reunir como 30 hombres de fusil, lanza, espada y flecha, con los cuales empezó a obrar como adelante expondrá”, y responde

A la cuarta pregunta que dice ¿Cómo hacía compatibles sus designios y planes con las obligaciones que le imponían su destino, estado y carácter hacia Dios, hacia el rey y la patria? A lo que satisfizo diciendo... “Que más bien se creyó obligado a defender la América hasta lograr su independencia, que las obligaciones de su curato; porque como ya había aceptado la comisión que lleva referida de Hidalgo que se titulaba capitán general, y que había visto que en Valladolid erigió éste intendente, y otras autoridades que desempeñaban puntualmente sus encargos, le pareció indispensable el obedecer a aquel bajo las circunstancias que le prescribió; pues su doctitud no le daba el más mínimo recelo de que irían errados sus proyectos, mayormente cuando como ya ha expuesto no había rey en España, y que por esto hacía compatibles sus designios”, y responde

A la quinta pregunta que dice Diga la serie de sus acciones militares, ya adversas, ya favorables desde que se presentó en la campaña hasta que en 1812 se acercó a esta capital y se fortificó en Cuautla; las divisiones de tropas del rey que derrotó, en que parajes, y el progreso de sus operaciones...

Respondió: "Que la primera acción militar que tuvo contra las tropas del rey fue en el Veladero el día 13 de noviembre de 1810, en la cual no se halló el exponente por haberse quedado a distancia de cuatro leguas en el Ejido; pero sus mandones que fueron un tal Cortés, y un tal Valdovinos, la dieron con 700 u 800 hombres que entonces reunía en contra de una partida de 400 hombres que salieron de Acapulco a las órdenes (según unos de un Cosío, y según otros de Vélez), y el resultado fue que no sólo se dispersaron los del exponente después de dos horas de fuego, sino también los del rey, con la circunstancia de que de éstos se le pasaron a los tres días en diversas partidas como 600 hombres sin armas que salieron de Acapulco. Que a pocos días por disposición del que declara, dio otra acción su capitán Valdovinos con parte de la fuerza al capitán de las tropas reales Paris en el arroyo Moledor, cuyas resultas fueron las de algunos muertos por una y otra parte, y la dispersión general de Valdovinos. A continuación de esta acción mandó el exponente a los capitanes Cortés y Martínez a Tepango (cerca de Chilpantzinco) con un trozo de 300 hombres para que atacasen a los patriotas de Chilapa que los mandaba Guevara, y después de que aquéllos sufrieron la muerte de 17 hombres, se dispersaron hasta el Aguacatillo que era donde estaba el que declara. El día 23 del citado noviembre mandó a su capitán Ávila con 600 hombres a atacar en el Llano Grande a 300 mandados por el comandante Fuentes, y el subdelegado de Teipan Rodríguez, que habían desembarcado en el puerto del Marqués, cuyo resultado fue la muerte de 2 individuos de cada parte, y la retirada que hicieron una y otra, en la cual salió herido Rodríguez y murió de sus resultas en Acapulco, y la prisión de 11 europeos en diversos reencuentros que mandó presos a Valladolid; pues aunque cayeron otros 2 se fugaron para Acapulco. Que el 13 de diciembre de 1810, esperó en el paraje que llaman de la Sabana su capitán Ávila con 600 hombres, a cuatro divisiones de las tropas del rey que lo atacaron allí por diversos puntos, la una mandada por Paris, la otra por Sánchez Pareja, la tercera por Fuentes, y la última ignora por quién. El resultado de esta acción que dio Ávila de orden del que declara, fue el que los cuatro trozos referidos que componían una fuerza de más de 1,000 hombres, se retiraron para Tres Palos, y el castillo de Acapulco, dejando en el campo porción de muertos, y a Ávila dueño de él. Que en el resto del mes de diciembre no tuvo acción particular; pero el 4 de enero de 1811 mandó el que expone a su capitán Ávila con 600 hombres al paraje de los Tres Palos, donde atacó de noche a Paris que estaba allí con igual fuerza, y 300 hombres que se le agregaron de Xamiltepec y Oaxaca, y después de dos horas de fuego resultó que Ávila tomó el campo, hizo algunos muertos, cogió como 600 fusiles, 5 cañones incluso un obús, 52 cajones de parque, víveres y demás, sin otra pérdida que la de 5

hombres. Esta sorpresa dimanó de una noticia que le comunicó al exponente, un tal Tabares que era capitán de patriotas de Acapulco, y la confirmó un italiano llamado don Juan Paw, que se le pasó del campo de Paris; ambos han muerto, éste de enfermedad natural, y aquél por haberlo mandado fusilar el que declara en compañía de un inglés llamado David por haber querido formar en la costa una contrarrevolución entre blancos y negros, cuyo cáncer atajó el exponente con un viaje que hizo con sólo las dos compañías de escolta que continuamente traía a el efecto; del cual como ya ha dicho, resultó la muerte de aquellos dos que se las mandó dar en Chilapa hasta donde los condujo con el pretexto de enviarles con una expedición a Oaxaca. Que desde el paso de la Sabana salió en persona con 600 hombres a atacar, o por mejor decir, a recibir el castillo de Acapulco que había ofrecido entregarle el artillero Pepe Gago, que ya ejercía el empleo de ayudante en el mismo castillo, que lo mandaba entonces don Antonio Carreño. Con esta confianza, y con la de que las contestaciones de Gago con el exponente, las llevaba un hombre llamado Loreto vecino del mismo Acapulco, asociado con una mujer de cuyo nombre no se acuerda, nunca creyó que fuese una traición que se le preparaba. A pesar de que siempre desconfió de aquella oferta emprendió la referida marcha hasta un cerrito que llaman de las Iguanas, y el baluarte que está enfrente de la batería, y luego observó a las cuatro de la mañana del día 8 de febrero de 1811 que la seña que habían concertado estaba puesta en el castillo, que era puntualmente un farol con luz. Dividió su gente en dos trozos para que el uno al cargo del inglés Elias, y el otro al de Ávila entrasen por dos puntos; mas como se adelantase un poco más de lo que a Elias le había prevenido, rompió sus fuegos el castillo, y lo mismo hicieron siete embarcaciones que estaban formadas en la bahía. Esta circunstancia le hizo conocer al que responde que Gago le había engañado, porque no encontró la artillería embotada con sebo como aquél le había propuesto; por cuyo motivo se retiró con el todo de su gente al cerro de las Iguanas, donde permaneció nueve días batiendo el castillo con 1 obús, 2 piezas de a seis, y 2 o 3 de menos calibre. Este sitio que no le proporcionó otra cosa más que entrar en la población de Acapulco, lo levantó a causa de que supo que las tropas del rey al mando del sargento mayor don Nicolás Cosío, Paris, y otros comandantes las tenía muy cerca, por cuya circunstancia y la de haberle quitado toda su artillería, excepto una sola pieza, la tropa del castillo que dio una salida el día 19, se retiró a la Sabana donde permaneció como un mes, y por enfermo lo llevaron a Teipan, y por esto dejó el mando de su gente al titulado coronel Francisco Hernández. Que no tuvo particular encuentro hasta el día 4 de abril, que fue cuando el sargento mayor don Nicolás Cosío con las tropas del rey que mandaba, se acercó al paraje de la Sabana donde

permanecía la gente del que declara atrincherada al mando de Galeana, que lo tomó por la fuga que hizo en la noche del mismo día su comandante Hernández. La gente que tuvo allí Galeana fueron 1,000 hombres poco más o menos; porque aunque el que expone contaba entonces como con 2,200, tenía el resto repartido en los puntos del Aguacatillo, Veladero, las Cruces y Pie de la Cuesta. Aquellos 1,000 hombres los más de infantería y regularmente armados, no sólo resistieron a Cosío, sino que le hicieron retirar al paraje de las Cruces, en donde aunque aquél no permaneció, si lo hizo el comandante Fuentes a cuyo cargo quedó la tropa del rey. El que declara supo el resultado de esta acción en Teipan, donde aún permanecía convaleciendo. En el Veladero dio otra acción el 30 de abril su comandante Ávila, la que sostuvieron los señores Fuentes y Régules con las tropas del rey que mandaban dos días continuados, cuyo resultado fue retirarse las tropas reales para el Aguacatillo y las Cruces, dejando señales de algunas sepulturas, y por su parte sólo un muerto. En este tiempo había varias partidas de las reales tropas por aquellas inmediaciones, y por lo mismo el que expone que se halló presente en esta última, se vio bien fatigado a causa de que sólo de noche y por los montes podían introducirle algunos víveres: Que el día 3 de mayo de dicho año salió el exponente de la Sabana para Chichihualco con 300 hombres con el objeto de llegar a Chilpantzinco a donde llegó el 24, porque el paso de la sierra le entorpeció mucho sus marchas. En ellas no tuvo más novedad que haber atacado la retaguardia Paris, de lo cual resultó la pérdida de un cañón, y algunas familias que se hicieron prisioneras. A más de esto en la hacienda de Chichihualco tuvieron una acción Bravo y Galeana contra un comandante de las tropas del rey nombrado Garrote quien salió en dispersión a pesar de haber venido a encontrar a aquéllos. El exponente llegó a la expresada hacienda de Chichihualco dos días después de esta dispersión, y el 24 (como ya ha dicho) llegó a Chilpantzinco donde entró sin resistencia ninguna, respecto a que las tropas del rey que ocupaban este punto y se dispersaron en Chichihualco, tomaron la dirección de Tixtla, a donde llegó el que declara con 600 hombres; 100 prisioneros que se habían hecho en Chichihualco, y como 100 fusiles que tomó en aquella acción le sirvieron para armar alguna gente que le faltaba, y de los prisioneros se le agregaron algunos, y a otros que no eran a propósito para servir los mandó al presidio de Teipan. En Tixtla le esperaron las tropas del rey atrincheradas en el pueblo el 26 de mayo, y después de haber durado la acción seis horas cayó en poder del que declara la plaza, 200 armas de fuego, 8 cañones, y como 200 prisioneros de todas clases, de los cuales separó 280 indios del citado pueblo, los demás fueron conducidos unos a Teipan, otros a Zacatula, y todos en calidad de prisioneros. La derrota que el declarante dio al comandante Fuentes en las inmediaciones de Tixtla,

dimanó de que habiéndose acercado éste a aquel pueblo el día 15 de agosto (1811) estuvo batiendo la fuerza que estaba en el expresado Tixtla hasta el 16 inclusive; mas como el que declara estaba en Chilpantzinco salió el 17 a auxiliar a Galeana que era el que mandaba a los de Tixtla; pero como la fuerza que traía el exponente consistía en 100 infantes y 300 caballos, con los cuales le tomó la retaguardia a Fuentes, y Galeana hiciese una salida de la plaza de Tixtla, se vio precisado Fuentes a emprender una retirada paulatina, de la cual, y de un fuerte aguacero que en aquel acto cayó, se aprovechó el declarante para mandar a Bravo y Galeana que cargasen a la arma blanca, lo que verificaron en términos que sus resultas fueron coger 400 fusiles, 3 cañones, y algunas armas blancas. Quedaron en poder del que declara 400 prisioneros, de los cuales mandó 200 a Tacámbaro a Muñiz con orden de que éste reemplazase igual número de la gente que tuviese allí. El resto de los 200 mandó la mitad a Teipan, y de la otra puso 50 en libertad, y otros tantos que resultaron heridos los mandó curar y agregar a las armas. A los tres días de esta acción marchó con la gente que reunía que serían sobre 1,500 hombres para Chilapa, en donde estaba según noticias que tuvo, el comandante Fuentes con sus dispersos; pero no le aguardó ni aquél, ni la gente que también estaba allí de Oaxaca, y sí dejaron en aquella plaza 2 cañones y algunos pertrechos en la casa del cura. En ésta permaneció hasta el mes de noviembre que resolvió ir a Tlapa, cuya plaza estaba ocupada con una corta guarnición de las tropas del rey mandadas por su subdelegado, quien se retiró para el rumbo de Oaxaca sin esperar al que responde, quien se apoderó de este pueblo, en el cual permaneció sólo ocho días. Desde aquí despachó una partida al cargo del comandante Valerio Trujano para Silacayoapan donde había otra de tropas del rey, la cual fue derrotada por Trujano respecto a la cortedad de aquélla. El exponente se dirigió a Chautla a principios de diciembre (1811), y allí entró con las dos compañías de su escolta y 800 indios flecheros a pesar de la resistencia que hizo el comandante de las tropas reales don Mateo Muzitu, quien cayó prisionero con 200 hombres poco más que estaban a sus órdenes; también quedaron en poder del que declara 200 armas de fuego y 4 cañones con 25 cajones de municiones; los prisioneros se agregaron a las armas voluntariamente, porque estaban adictos a la causa que defendía el que declara; mas no corrió esta suerte Muzitu, porque a pesar de haber dicho que daba 50,000 pesos por su vida, le fue quitada ésta en el mismo Chautla por orden y disposición del que responde. Igual suerte tuvieron otros varios europeos oficiales, cuyo número no tiene presente, y de todos sólo mandó poner en libertad a uno porque le dijo que era europeo adicto a la insurrección, el cual se fugó después para Puebla, y últimamente asegura que esta marcha la hizo con tan poca gente como

ha referido, por cierta confianza que tenía de que aquella guarnición estaba inclinada a su partido, dimanada ésta de varias noticias que el padre Tapia le había dado como oriundo de aquel pueblo. Que desde él, mandó a Miguel Bravo con 400 hombres a reunirse con Trujano y Ávila en la costa para tomar la dirección de Oaxaca; mas no pudieron llegar a causa de que el comandante Paris los atacó en las inmediaciones de Ometepeque, de cuya operación resultó la derrota de aquéllos, y el caer prisionero el padre Talavera. También mandó desde Chautla a Galeana por el rumbo de Taxco, cuyo real tomó éste no obstante el esfuerzo que hizo su guarnición con el comandante García de los Ríos. El exponente tomó la dirección de Izúcar con las dos compañías de caballería de su escolta, y 200 hombres de Chautla y Tlapa; con éstos no sólo entró en Izúcar, sino que se fortificó allí, auxiliado y animado del vecindario que todo generalmente contribuyó a hacer las obras para el electo. En este punto resistió el ataque del comandante de las tropas reales don Antonio Soto Maceda que duró cinco horas de continuo fuego, y después de éstas se retiró con su gente, y murió de resultas de dos heridas que sacó en la acción de este día que fue el 17 de diciembre (1811). En la retirada de Soto cogió el que declara 1 obús, 1 cañón grande, 77 armas de fuego, y otros tantos prisioneros que fueron puestos en libertad los más por empeño de los clérigos; y aunque fueron algunos al presidio de Zacatula serían muy pocos, así como los que se agregaron a las armas del que responde. Después de esta operación, y de dejar en Izúcar como 200 hombres al mando de un Vicente Sánchez, pasó a Cuautla de Amilpas con el objeto de recoger algunas armas, y reunirse a mayor fuerza que era la que mandaba Galeana; supuesto que sólo le acompañaban entonces como 200 hombres a más de los 100 de su escolta. Con éstos entró en Cuautla, y aunque recogió 1 cañón y algunos retacos fue porque el comandante de las armas del rey Garcilaso se retiró para Chalco. Esta operación la hizo el día 25 de diciembre (1811) y habiendo estado sólo tres, salió para Taxco con sólo su escolta dejando en Cuautla a Leonardo Bravo con 200 hombres, y con el objeto de que reclutase gente y acopiase armas. Entró en Taxco a últimos de diciembre, donde encontró a Galeana y al padre Benavente que fueron los que habían tomado aquel real. En el intermedio cogió en la hacienda de San Gabriel 6 cañones que había dejado allí la tropa que la guarnecía. No sólo entró en Taxco por reunirse a la mayor fuerza, sino también porque su presencia desvanecería al mariscal Martínez que había entrado allí con Galeana con el objeto de apropiarse la toma de dicho real, y de disipar el botín que allí se había encontrado; porque Martínez había dispuesto ya de 300 cargas de él a su arbitrio, junto con algunas armas de fuego. Cuando entró en Taxco le entregó Galeana 11 europeos prisioneros, y algunos otros americanos, entrando en este número el comandante

García de los Ríos, que había defendido la plaza por el rey, y estaba herido de sus resultas. De éstos mandó pasar por las armas a 7 europeos y 8 americanos, incluso entre éstos el mismo García Ríos sin embargo de sus heridas. Esta sentencia la pronunció contra estos individuos porque la capitulación con que Galeana entró en Taxco aunque afirmó que se les conservaría la vida a aquéllos, no se dio por válida supuesto a que en la discusión que hicieron sobre las particularidades que habían concurrido, sentenció el declarante que se había faltado a ella por el comandante García de los Ríos, haciendo fuego no obstante dicha capitulación; y así mandó que se pusiesen en capilla los que ya ha referido para que murieran como se verificó. Empezó la marcha para Tenancingo con el objeto de proteger el cerro de Tenango que estaba entonces por el cabecilla Oviedo, y de hacer retirar de aquel pueblo las tropas del rey que se hallaban allí mandadas por el comandante Porlier, y así salió con Galeana, Bravo, Matamoros, y algunas cortas gavillas que se le reunieron en su tránsito, con 3,200 hombres poco más o menos; y habiendo las tropas del rey atacado en Tecualoya el día 17 de enero de 1812 a una parte de las fuerzas del que declara, no sólo rechazó éste a aquéllas, sino que el día 23 del mismo acometió con todas las fuerzas que ya expresó a Tenancingo; cuya acción duró dos días consecutivos, después de los cuales se retiró el señor Porlier para Tenango o Toluca, dejando en la plaza de aquel pueblo 1 culebrina, y 3 o 4 cañoncitos, que aunque quedaron clavados, le volvieron a servir al exponente en Cuautla. En esta acción hubo algunos muertos de una y otra parte, y después de ella habiendo dejado entregado aquel punto al cabecilla Marín, emprendió nueva marcha por Cuernavaca a Cuautla de Amilpas. En este intermedio no tuvo una particularidad digna de atención, y por lo mismo llegó a este pueblo el día 9 de febrero de 1812 con la fuerza de 3,000 hombres mandados por Bravo, Galeana y Matamoros.”

Aquí terminó la declaración comenzada a tomar en dicho día 28 de noviembre de 1815 por el coronel Concha por ser las nueve de la noche, y la continuó el señor Morelos al siguiente día 29 en los términos siguientes y dijo: “Que como expresó ayer se acercó a Cuautla con 3,000 hombres, y como allí encontró que ya había hecho alguna fortificación su segundo Leonardo Bravo, aumentó ésta con el fin no sólo de subsistir allí por la proporción que aquel país le daba por la abundancia de haciendas y demás recursos, sino también para esperar cualquier reunión de tropas que intentase atacarlo. En efecto, supo (aunque con alguna duda y como ocho días de anticipación), que el ejército del centro al mando del señor general don Félix María Calleja se dirigía en su solicitud, cuya advertencia obligó al que declara a mandar que la junta que entonces se hallaba en Sultepec, lo auxiliase mandándole gente: que Miguel Bravo

que estaba en Yanhuitlán se acercase con su división: que un teniente coronel llamado Cano de la demarcación de Huetamo, hiciese lo mismo con la suya: que el padre Tapia se le incorporase también con su grueso que estaba en Chautla, y que el padre Sánchez hiciese igual movimiento desde Izúcar y sus inmediaciones; y habiéndolo verificado todos, no con la puntualidad que el exponente creía, y sí muy paulatinamente y en partidas de menos fuerza que las que le habían asegurado, se resolvió a no salir de Cuautla a menos de una necesidad forzosa. Que las avanzadas del declarante llegaban en aquella época hasta Chalco y sus inmediaciones, y por ellas supo tres días antes de la aproximación del ejército, que sus miras no se dirigían a otro lugar que al de Cuautla; y aunque la junta de Sultepec le había anticipado igual noticia, fue como poniéndosela en duda, aunque le aseguró al mismo tiempo que contase en este caso con tropas auxiliares en número exorbitante, lo que no verificó según expresará en la denominación que haga del pormenor de la gente que concurrió en Cuautla...”

A la sexta pregunta que dice ¿Qué fuerzas tenía entonces de infantería y caballería; cuáles fueron sus designios; si contaba con que le protegería la misma capital, y qué datos tenía para ello, expresando los individuos de ella con quienes ha tenido correspondencia y relaciones directamente, o por medio de otras personas; cómo y por qué medios se ha practicado esta comunicación, y quiénes la conservan aún?

Respondió: “Que en Cuautla entró con 1,000 infantes y 2,000 caballos, con la circunstancia de que los jinetes de éstos hacían también el servicio de infantería, porque los caballos los hacía salir a pastar fuera del pueblo; a éstos se le agregaron 300 hombres de la caballería de la demarcación de Huetamo al mando del teniente coronel Cano y Ayala. Con esta fuerza y 1,000 indios de los pueblos contiguos resistió el primer ataque que el 19 de febrero (1812) le dio el ejército del centro que llegó el día antes a aquellas inmediaciones; porque auxiliada ésta de 1 obús y 15 cañones útiles de todos calibres, la firmeza con que se manifestaba su gente, y la resolución del que declara en no abandonar aquel punto, y sí el defenderlo hasta el último extremo, le hizo sufrir como cinco horas de un fuego vivo por el lado de San Diego y parte de la Targea; cuyos puntos a pesar de ser los mejores de aquel pueblo, y no haber tomado la tropa los más débiles como eran el del Platanar y Buenavista que entonces no estaba fortificado por el que declara, le hicieron concebir cierta confianza de que obtendrían ventajas, y podría resistir dentro de sus parapetos a la fuerza que lo atacaba. Así se verificó; porque después del tiempo referido se retiró la tropa que lo atacó, y reunido el resto del ejército campó como dos leguas y media distante. En el

intermedio del expresado día 19 hasta el 26 o 27 que llegó la división de tropas al mando del señor Llano, el ejército acampado hizo varios movimientos con su caballería sobre Cuautla; pero ninguno fue dirigido a un ataque como el primero, respecto a que las partidas que el declarante hacía avanzar fuera de aquél se replegaban para aguardar en el punto fortificado. De las partidas auxiliares que el que responde había citado, sólo llegaron la de Miguel Bravo que componía 400 hombres de infantería y caballería con 3 piezas. De la de Anaya que le mandó la junta de Sultepec con la fuerza de 700 hombres de ambas armas, sólo llegaron 300. De la de Tapia que debía componer 1,000 hombres de todas armas, únicamente vinieron 300, y la de Yautepec con 250 hombres. Los designios del que declara eran acercarse a esta capital en el caso de que obtuviera una acción decisiva sobre las tropas del rey; porque aunque estaba entendido por noticias vagas y sin más fundamento que éstas, se las comunicaban los de la junta de Sultepec, que la plebe de México se hallaba en buena disposición para recibirlo, nunca tuvo la mayor confianza de que harían lo mismo las tropas que lo guarnecían; y así no siendo otros los datos, correspondencia o relaciones de personas que le asegurasen esta verdad, sólo se había resuelto a dar una acción sobre México luego que derrotase el ejército que lo sitiaba en Cuautla.”

A la séptima pregunta que dice... ¿Adónde se retiró después de su salida de Cuautla: qué número de gente perdió allí, cómo, y con qué medios volvió a ponerse en estado de salir a campaña? Respondió... “Que la salida de Cuautla la hizo por Ocuituco, Guayapa, Izúcar, Chetla y Chautla, que fue donde hizo alto un mes consecutivo: Que el número de gente que perdió durante los 72 días que estuvo sitiado, fueron como 50 hombres muertos de bala, y 150 de la peste, a más de los que perecieron la noche que salió de aquel pueblo, de cuyo número no puede dar razón más que de 147 que contó el capitán Yáñez, que le dijo haber visto desde Ocuituco a la mitad del camino para Cuautla: Que en Chautla durante el mes que estuvo allí se le reunieron como 800 hombres de las partidas de Bravo y Galeana, con los cuales hizo una expedición sobre Chilapa, en donde Galeana atacó al comandante de las armas del rey Cerro, quien de sus resultas se dispersó con cosa de 300 hombres mal armados que tenía, y en poder de Galeana y del que declara que se quedó en Mitepec, quedaron algunos machetes, pocas armas de fuego, y unos cuantos prisioneros que mandó a Zacatula. Desde Chilapa retrocedió para Huajuapán, donde consiguió que las tropas del rey mandadas por Régules, levantasen el sitio que tenían puesto a Valerio Trujano, en cuya acción que duraría dos horas hubo algunos muertos por ambas partes, y como 170 prisioneros: que parte de ellos mandó agregar a sus armas, y los otros los remitió al presidio de Zacatula en 23 de julio de 1812, que fue la acción con

3,000 hombres que eran los que componían su gavilla en aquella época, mandados de varias partidas que mandó reunir a los 800 con que entró en Chilapa, marchó para Tehuacán de las Granadas, habiendo además aumentado su fuerza con 600 que tenía Trujano, y libró del sitio a Huajuapán puesto por Régules, juntamente con 12 piezas de artillería que tomó en distintos puntos, con otras que mandó deshacer de las de Huajuapán, se internó como ha dicho en Tehuacán en 10 de agosto, y allí permaneció dos meses, durante los cuales mandó a Trujano que fuese al rancho de la Virgen contiguo a Tlacotepec, y en él lo atacó el comandante de las tropas del rey Samaniego; de cuyo resultado murió Trujano con muchos de los suyos, y algunos de la tropa del rey. También mandó a Nicolás Bravo que fuese a atacar al Palmar a una división de 310 hombres mandados por el capitán Labaqui; y habiéndolo ejecutado, los derrotó completamente haciéndole 260 prisioneros y 40 muertos: aquéllos se agregaron parte a las armas, y la mayor se destinó a Zacatula. Se tomaron por Bravo 3 cañones, y todas las armas de aquella división que sufrió la expresada derrota con 600 hombres que llevaba el expresado Bravo a sus órdenes. Reunido éste con el declarante en Tehuacán, marchó para San Andrés Chalquicomula el día 12 de octubre, con el objeto de encontrar 100 barras de plata que la junta le había mandado a Osorno le remitiese al deponente de las que había tomado en Pachuca, y después de haberlas hallado en Ozumba se dirigió al Ojo de Agua a atacar el convoy que custodiaba el señor Águila, en cuya acción perdió el que expone 3 cañones y alguna gente, entre la cual murió el padre Tapia", y responde a la octava pregunta que dice... Refiera su entrada en la villa de Orizaba, si obró de inteligencia con sus habitantes, y cantidades de tabaco que extrajo y quemó, y a quiénes pertenecían... Morelos respondió: Que la gente con que entró en Orizaba fueron 1,200 hombres poco más o menos, con los cuales atacó aquella villa por la garita del Molino a las ocho de la mañana del día 29 de octubre de 1812; y sin embargo de que la tropa que estaba dentro se defendió como dos horas, se apoderó el declarante de aquella plaza, y mandó perseguir a los dispersos por la garita de Escamela hasta el mediodía: Que no tuvo más antecedente para acercarse a Orizaba, que la voz general de algunos que le acompañaban, que decían que todos los más de aquella villa deseaban que se acercase para adherirse a su partido, como en efecto advirtió en algunos de aquel lugar que lo pretendieron visitar con gusto, y le manifestaron complacencia. En esta entrada tomó 6 cañones y porción de armas de fuego. Había en los almacenes del rey porción de tabaco en rama, y 400 cajones labrado; de éstos mandó cargar para sí o su gente 200, y el resto con el total en rama, después de vuelto a los dueños o cosecheros la parte que reclamaban, previno que se quemase todo lo demás, y no

sabe si se verificaría en su total; porque sólo estuvo allí cuarenta horas, en las cuales en efecto vio el humo que causaron las hogueras: pero repite que la violencia de su salida no le permitió cerciorarse de si se quemó o no todo, y de si se cumplió la orden de devolver a los muchos individuos que reclamaban la parte que decían ser suya. Añade sobre este particular, que el todo o lo más de la guarnición de Orizaba quedó muerta o prisionera, con la circunstancia de que los que corrieron esta última suerte, se agregaron al servicio de sus armas”, y responde a la novena pregunta que dice:

Refiera igualmente todo lo que ocurrió en el ataque y toma de Oaxaca; qué causas le obligaron a preferir esta expedición, no obstante la fuerza que allí había, y la del ejército real que a las órdenes del brigadier Olazábal llegó a situarse en Tehuacán: qué cantidades de dinero, armas y efectos encontró, y si obró de inteligencia con los habitantes de la misma ciudad nombrando los principales... Dijo: “Que habiendo dejado en Orizaba una corta guarnición al mando de Rocha, emprendió su marcha el día 31 de octubre para Tehuacán con 800 hombres, y a las ocho leguas se encontró en las cumbres de Acultzinco con una división de tropas al mando de Águila, y en aquel paraje se emprendió mutuamente una acción, de la que resultó que el declarante perdió 4 o 5 cañones, como 40 hombres, y algunas armas, y por parte de las tropas hubo muy poca pérdida. Siguió su marcha para Tehuacán, donde entró al día siguiente con 500 hombres poco más o menos supuesta la pérdida referida, y la dispersión que tuvo el resto de su gente. En Tehuacán permaneció una semana, en la cual se le reunió Matamoros con 2,500 hombres de todas armas, que unidos a los 500 que el declarante introdujo, y 2,000 que estaban allí de antemano con Miguel Bravo, formaba un grueso de 5,000 que consideró necesarios para la expedición de Oaxaca. Con éstos, y 40 cañones de todos calibres con sus respectivas municiones, emprendió la marcha para aquella ciudad, sin que en las jornadas que hizo hasta el día 25 de mismo noviembre (1812) hubiera tenido el menor encuentro, a excepción de unas cortas escaramuzas con las avanzadas de Oaxaca. Se acercó a esta ciudad el día 24, cuya noche pasó en una hacienda distante tres leguas, desde la cual puso un correo intimando al comandante de las armas de ella la rendición en el término de tres horas. Marchó desde la hacienda la mañana del 25 de noviembre para acercarse a saber la resolución de la plaza; y no habiendo recibido respuesta, pasadas dos horas más del término que le prefijó, rompió sus fuegos a las once de la misma mañana, y dispuso el ataque, dividiendo en seis trozos su gente con el objeto de que dos cortasen la retirada: uno que atacase el fortín de la Soledad: otro, que entrase por la calle real: otro, que quedó custodiando los pertrechos y retaguardia, y el último de reserva a las órdenes del que declara. En este estado tomaron su dirección los comandantes de los referidos trozos;

y habiendo tomado don Ramón Sesma el fortín que fue el punto que le dedicó, avanzaron los demás sobre la ciudad, y el grueso de Matamoros y Galeana que iban por el camino a tomar la calle del Marquesado, se apoderaron de la ciudad después de sólo dos horas de fuego, en tales términos, que a las dos de la tarde ya el declarante estaba en la plaza mayor, y a las tres comiendo en la casa de un europeo llamado don Simón Gutiérrez de Villegas. A corto rato le presentaron al declarante hecho prisionero al comandante Régules, y a los dos o tres días hicieron lo mismo con el teniente general Sarabia, Bonavia y Aristi, con la circunstancia de que el señor Sarabia estuvo oculto estos días en la ciudad, y en el que le cogieron fue por haber salido a las doce disfrazado con una sábana. También les sucedió lo mismo en estos propios días a 200 y más europeos, unos sanos, y otros heridos; a estos los mandó al hospital; y a los otros con los 4 primeros referidos, los puso en la cárcel con sus guardias necesarias. Se interesaron por la vida de todos los europeos el canónigo Moreno su maestro, algunos otros individuos de aquel clero, y las familias de aquellos que las tenían: por estos respetos les concedió aquella gracia a los 200 y más que ya ha dicho, confinando para Zacatula a unos 30 que le pareció que le podrían dañar en lo sucesivo, y a los demás los dejó en la propia ciudad bajo las respectivas fianzas, porque unos eran viejos; porque otros creyó que no le harían perjuicio sin mando; y porque con la muerte de todos no iba a conseguir ninguna ventaja; mas no sucedió así con el señor Sarabia, Régules, Bonavia y Aristi: con un muchacho guatemalteco criado de dicho señor Sarabia; porque a pesar de los empeños de su maestro, y de algunos de aquel clero, y de los ruegos y súplicas de las familias, principalmente de la del señor Bonavia, los mandó fusilar en dos parajes de la propia Oaxaca, previo el tiempo necesario para disponerse en la capilla que les concedió. También hizo como 300 americanos prisioneros, de los cuales se agregaron a sus armas los que consideró útiles, toda la artillería que había en la ciudad que fueron como 60 cañones con 1,000 fusiles poco más o menos que quedaron en su poder, sin agregar otra igual cantidad de esta arma que cogieron por todas aquellas intermediaciones hasta Tehuantepec las partidas que destacó para atacar los puntos fortificados por las tropas del rey. Desde Chilapa escribió el declarante a su maestro el canónigo don Jacinto Moreno uno de los días del mes de septiembre de 1811, comunicándole las ideas que tenía de acercarse con su gente a aquella ciudad; y aunque éste le contestó que le tenía lástima por verlo metido en el partido de la rebelión, nada le dijo sobre que se acercase o no; esta contestación la recibió el declarante en Tlapa en noviembre del mismo año; y aunque desde allí propio le repitió otra carta al expresado su maestro, no le volvió a contestar éste. Sin otro antecedente y no más que por las noticias que iba adquiriendo en las

marchas que hizo desde Tehuacán para Oaxaca, emprendió esta marcha, sin que para ello hubiese tenido de ningún otro individuo la más mínima contestación e inteligencia con el que declara”, y responde a la décima pregunta que dice...

¿Si precedió capitulación para la toma de Oaxaca, cuál fue, si la cumplió, y si a pesar de ella mandó fusilar a los señores Sarabia, Bonavia, Régules, y otros de las tropas del rey expresando su número... Dijo: “Que con lo que ha expuesto en la anterior satisface los particulares que comprende ésta; asegurando nuevamente que no hubo capitulación, y sí sólo la intimación referida”, y responde a la undécima que dice...

Diga lo ocurrido en el sitio y toma de Acapulco: ¿qué gente perdió allí, y si obró de inteligencia con el gobernador don Pablo Antonio Vélez, u otras personas del castillo que expresará, manifestando el motivo de la diferente conducta que siguió allí cumpliendo la capitulación... Dijo: “Que salió de Oaxaca el día 9 de febrero de 1813 con 3,000 hombres, porque en aquella ciudad dejó 1,000 a las órdenes de Rocha, y los 1,000 restantes de la fuerza que introdujo los había despachado antes por pertenecer a las partidas sueltas de don Eugenio Montaña, Sánchez, y demás que concurrieron a aquella acción. Tomó el camino de Yanhuitlán en donde dejó a Matamoros con 1,500 hombres, y con el resto marchó por Tlaxiaco, Zacatepec, Ometepec, la Palizada, y a las cercanías de Acapulco, sin que en este tránsito tuviera particular novedad, a pesar de que el comandante de las tropas reales Reguera que estaba en las inmediaciones de la Palizada se le hubiera presentado. Que el día 6 de abril del mismo año (de 1813) dio principio a sus fuegos contra el castillo quien se los correspondía diariamente; y después de ocho o nueve días que tardó para tomar la población, habiendo despreciado el gobernador del castillo don Pedro Vélez la intimación que le hizo el día 6 para que se rindiera, con las expresiones de que sólo los bárbaros capitulaban, prosiguió sus fuegos en correspondencia de los del castillo; pero advierte, que junto con la respuesta expresada que Vélez le mandó por oficio, también recibió dentro de éste un papelito sin firma, pero de la misma letra de Vélez que decía... Política, y acertadas medidas le harán llegar a usted al fin que desea. Ningún aprecio hizo el declarante ni su secretario Rosains de estas expresiones, y a consecuencia continuó no sólo bloqueando el castillo, sino que emprendió hacer una mina por el Padrastro que deforma aquella fortaleza por el lado de la población; cuya obra empezó en el mes de mayo, y la siguió sin lograr avanzarla más que hasta faltarle cien varas para llegar a la contra escarpa del foso. En este intermedio, y en el que pasó hasta el 17 de agosto, tuvo varias contestaciones por escrito, y aun verbales con los del castillo; entendiéndose las primeras directamente coa el gobernador, y las segundas que las

hicieron Rosains y Velasco con un oficial que no conoció, ni sabe cómo se llama, excepto una sola vez que contesto Reguera que estaba dentro del castillo con el capitán del que declara Mongoy. Esto sólo se redujo a que Reguera pidió que fuera a hablar otro de mayor graduación, y a pocos días mandó el exponente al canónigo Velasco, quien por haber salido ya Reguera por el mar para la Palizada, contestó con el oficial que lleva citado, y no sabe cómo se llama: pero así esta contestación como las demás que en diversas veces se hicieron como ha expuesto, por ser dirigidas a que se capitulase, las despreció Vélez y el oficial, asegurando que estaban dispuestos a defenderse. Últimamente por un movimiento que hizo Galeana de cercar el castillo con alguna infantería la noche del 17 de agosto, resultó que al día siguiente dijese desde el castillo que tenían que hablar, y entonces fue cuando se trató de la capitulación en los términos que expondrá"... Aquí se suspendió la declaración por ser las nueve y cuarto de la noche, y se continuó al día siguiente 30 de noviembre en la Ciudadela. Morelos continuó... "Que la capitulación que hizo con el comandante del castillo de Acapulco don Pedro Vélez fue en los mismos términos, y bajo de las propias condiciones que expresan los papeles públicos que sobre aquel particular se imprimieron en esta capital, respecto a que Vélez trajo una copia firmada de ambos, que se supone suya la que se dio a este público, y el declarante hizo lo mismo en Oaxaca en la imprenta que allí había. Que cumplió todos los particulares que asentaron, principalmente aquellos que tenían correlación con la libertad de los europeos, en darles escolta hasta ponerlos a la orilla del río de Mezcala. Que el motivo que tuvo para cumplir con la capitulación de Acapulco, fue porque su comandante Vélez no le faltó en nada de lo estipulado hasta la entrega del castillo; muy al contrario de lo que en Taxco acaeció con el fusilado García Ríos, y otros individuos como expresó en la quinta pregunta: advierte que en el castillo de Acapulco encontró 33 cajones de municiones de cañón y fusil, con los víveres de todas clases, que computa el que declara que podría tener para un mes la gente que lo guarnecía. Ésta llegaba al número de 200 hombres poco más o menos con artillería etcétera; y aunque los más por estar enfermos pidieron pase para Tiztancinco, les demás quedaron sirviendo con sus respectivas armas en el citado castillo. En éste tomó igualmente 90 y pico de cañones de todos calibres, y 280 fusiles, entrando en este número algunos que pertenecían al depósito. También se entregaron allí 2 morteros, uno reventado, y el otro bueno, con 2 o 3 bombas", y responde a la duodécima pregunta que dice: Diga cómo se formó el congreso de Chilpantzinco; qué causas le motivaron a su erección: de qué modo obtuvo el poder supremo: qué fines se propuso su política al titularse Siervo de la Nación: qué formalidades se practicaron para esto, y para el

nombramiento de vocales: si éstos o Morelos mismo, recibieron poderes o instrucciones de esta u otras capitales del reino, o de algunos individuos particulares de ellas, y qué fue lo que se trató y estableció allí para el régimen y dirección del Gobierno que se proponía crear... Respondió: "Que el motivo de haberse formado el congreso de Chilpantzinco, dimanó de que estando encontrados los vocales de la Junta Suprema (instalada en la villa de Zitácuaro) Rayón, Liceaga, y Verduzco, éstos le pedían cada uno de por sí armas y gente para perseguirse mutuamente, y como que el declarante advirtió que de esta oposición habían de resultar forzosamente malas consecuencias a la causa general que defendía, les propuso que para evitar semejantes desordenes se erigiese una Junta General, en donde a pluralidad de votos se acordaría lo conveniente, habiéndoles dejado a su arbitrio el lugar donde aquélla se debería reunir: convinieron en que fuese en el expresado Chilpantzinco, de cuyas resultas la erigieron en ciudad con el nombre de Nuestra Señora de la Asunción. Formado el Congreso, y reunidos los vocales lo fueron Verduzco representante por Michoacán: Quintana Roo por Yucatán: Herrera por Teipan: Ignacio Rayón por Guadalajara: Manuel Sabino Crespo por Oaxaca: Carlos María de Bustamante por México: José María Liceaga por Guanajuato, y el que declara por el Nuevo Reino de León. Trataron en su primera acta de aumentar el número de vocales para que la pluralidad de éstos compensara los que pudieran resultar adictos a los desavenidos Rayón, Verduzco, y Liceaga. En efecto nombraron nuevamente a José María Cos por Zacatecas: a Murguía por una provincia que no se acuerda. La segunda acta que celebraron dimanó de que el declarante les propuso que eligiesen un individuo para el supremo Poder Ejecutivo que lo tuviera en depósito mientras se erigía una corporación, y de aquí resulto electo el que declara con este cargo por todos los votos; y aunque lo renunció en el acto, insistieron los vocales en su votación, y a consecuencia determinó que el Poder Judicial quedara reasumido en el Congreso hasta tanto se verificara la corporación expresada. A consecuencia de todo lo expuesto, pidió a los vocales que en lo sucesivo se había de titular Siervo de la Nación, porque éste le pareció más a propósito que el otro retumbante, y también contribuyó un algo su moderación por la cual resistió igualmente el título de Alteza que acordaron ser el que le pertenecía durante el tiempo que obtuviera el cargo; y a pesar de ello le mandaron a Chupio que así se debía nombrar, como en efecto se lo han seguido dando. De todos los vocales referidos sólo había dos propietarios que lo fueron Crespo por Oaxaca, y Herrera por Teipan: a éstos les mandaron o dieron los votos de parroquias los interesados; y aunque ignora si les fueron las instrucciones correspondientes, como también los sujetos que firmaron aquéllos, infiere que acaso les mandarían uno y otro. Las demás provincias que

representaban los otros vocales ya expuestos, ignora el declarante, y aun cree de positivo, que no mandaron más que algunos poderes para la votación, como fueron los curas de los lugares ocupados por los revolucionarios; pero de instrucciones mandadas, no tiene el más mínimo antecedente. Que el principal punto que trató el Congreso, fue el de que se hiciese una constitución provisional de independencia, para lo cual comisiono a Quintana, Bustamante y Herrera, quienes formaron la que han dado a luz el día 23 o 24 de octubre del año de 1814 en el pueblo de Apatzingán”, y responde a la décima tercia que dice... ¿Cuál fue el plan de sus operaciones cuando en octubre de 1813 se presentó con Matamoros en la provincia de Puebla: de qué fuerzas de infantería y caballería disponía, y motivos que le decidieron a emprender su marcha a Valladolid; si fue por temor del ejército real que se acercaba a Tepecuacuilco, o por considerar fácil la toma de aquella ciudad con los auxilios que se prometía de ella, expresando si estaba en comunicación con algunos de sus habitantes, y quiénes sean... Dijo: “Que en octubre de 1813 se hallaba el que declara en Chilpantzinco, y Matamoros había ido a auxiliar a Bravo que estaba sitiado, de cuyas resultas, y de haber salido Bravo de aquel punto donde estuvo sitiado, determinó Matamoros con sus fuerzas hacer una tentativa sobre el convoy que venía de Orizaba para Puebla, al cual derroto en San Agustín de Palmar. A estos dos individuos mandó el exponente en el propio mes de octubre, que se dirigieran con toda la gente que pudieran reunir para Tepecuacuilco, en donde recibirían sus órdenes referentes a la marcha que había intentado hacer a Valladolid; y habiendo llegado aquéllos al referido Tepecuacuilco, les previno por medio de Galeana que se dirigiesen por Teloloapan a Tlalchapa, donde se reunirían con el que declara. El objeto del que expone aunque fue el de acercarse a Valladolid, no lo comunicó a los suyos, y sí sólo les previno a Matamoros y Bravo que viniesen a Tepecuacuilco con el fin de atacar a las tropas del rey que mandaba allí Moreno Daoix; pero como éstas se retiraron, no tuvo ya aquella necesidad, y de consiguiente les previno que se reuniesen a donde llegó el que responde por el camino de Tlacotepec, Tetela, y Tezuapa, habiendo precedido el echar al río de Mezcala 3 culebrinas de a cuatro en balsas para facilitar la sierra que intermedia por donde éstas no podían pasar. El acercarse a Valladolid tenía por objeto la toma de aquella ciudad, la que no creyó difícil, respecto a su corta guarnición de 800 hombres, y a los conocimientos que tenía del lugar de su nacimiento. Que no tuvo para esto ninguna comunicación con los habitantes de aquella ciudad, porque aquéllos las hacían directamente con Muñiz, quien se las trasladaba al declarante, al mismo tiempo que Verdusco y Liceaga le instaban a que se acercase a aquella ciudad, por ser la más propia para la residencia del Congreso”, y

responde a la décima cuarta pregunta que dice... Refiera lo ocurrido en las acciones de Valladolid y Puruarán: a dónde se retiró después: su marcha hasta Coyuca y Tlacotepec: derrotas que sufrió, y orden de quién fueron degollados o fusilados los miserables prisioneros que existían en su poder, y en qué número... Dijo: Que en el pueblo de Cutzamala se reunió con Matamoros, Bravo y Galeana a principios de diciembre de 1813, y habiendo hecho alto sólo un día marcharon para Huetamo, Tacámbaro y Tiripetío, y en este intermedio se le reunieron Muñiz, Arias, Ortiz y Vargas: que el todo componía un grueso de 5,700 hombres de infantería y caballería con 30 cañones de todos calibres; y habiéndose acercado a Valladolid el 23 por la mañana, le intimó la rendición al comandante de las armas, a los cabildos eclesiástico y secular, prefijando el término de que ahora no hace memoria, en cuyo intermedio de horas mandó a Galeana que se situase en las lomas del Zapote, y éste se precipitó y rompió sus fuegos antes de haberse concluido el término de la intimación; pero en este particular tiene alguna duda de si fue así o no: lo cierto es que emprendió el ataque por el puesto fortificado de la garita del Zapote, al mismo tiempo que el que declara llamó la atención del enemigo por el llano de Santa Catalina; de cuya operación que duró toda la tarde del día siguiente, la noche de éste, y la mañana del 25, resultó una derrota general con pérdida de mucha gente, 27 cañones, porción considerable de fusiles, y muchas municiones. El que declara se retiró a la hacienda de Chupio, y allí reunió los restos que le habían quedado de Valladolid; de allí marchó a la hacienda de Puruarán con intención de pasarse a Uruapan, lo que no verificó por acabar de reunir allí algunos dispersos, y una partida de 700 hombres que traía don Ramón Rayón de Zitácuaro, la que en efecto llegó, y con ella compuso un grueso de 3,000 hombres, incluso 2,200 de infantería con 23 cañones. En esta hacienda se mantuvo cuatro días, y porque supo dos antes del 5 de enero en que fue la acción (de Puruarán) que las tropas del rey al mando del brigadier Llano se le acercaban, dispuso hacer un parapeto de piedra para esperarlo. La acción duró poco tiempo, y su resultado aunque el declarante estaba a tres leguas de allí, fue nueva derrota, dejando 22 o 23 cañones, porción muy considerable de fusiles, mucha pérdida de gente entre muertos y prisioneros, y todas las municiones. La retirada la hizo por Coyuca, Ajuchitlán y Tlacotepec con sólo su escolta, y como 1,000 hombres con 500 fusiles que se le fueron reuniendo, no sólo de los dispersos de Puruarán, sino también de Valladolid. Allí sólo estuvo ocho días, después de los cuales retrocedió por Coronilla a internarse a Acapulco por la Sierra Madre, a donde llegó a principios de marzo. En Tlacotepec acordó con el Congreso, y a consecuencia sentenció a muerte los 203 prisioneros europeos que tenía en Teipan y Zacatula: los mismos que propuso el declarante al

Gobierno de esta capital por la vida de su segundo Matamoros que fue hecho prisionero en Puruarán; advirtiéndole que aquella sentencia la pronunció luego que supo que en Valladolid había sido pasado por las armas el expresado Matamoros; y la ejecución de aquellos europeos la verificaron Pablo Galeana, Mongoy, y Brizuela en las inmediaciones de Acapulco, Teipan, Coahuayutla, Zacatula, y Ajuchitlán, unos fusilados y otros degollados, según después supo”, y responde a la décima quinta pregunta que dice... Diga el influjo, representación y relaciones que conservó después en el llamado Congreso Mexicano, y el origen y fundamento de sus desavenencias con los individuos de él... Dijo: “Que la representación y relaciones que conservó después de que en Tlacotepec reasumió el Congreso el Poder Ejecutivo, sólo fue de un vocal y capitán general de las armas, sin embargo de no tener a su mando más que su escolta compuesta de 150 hombres, porque el Congreso determinó en Tlacotepec, Ajuchitlán, Tlalchapa, Guayameo y Huetamo de los 1,000 hombres que reunió en el primero, y de las demás tropas y armas que habían estado hasta entonces al mando del que declara; cuyo principio fue sin duda origen y fundamento de las desazones con los individuos del Congreso, porque éste determinaba (en concepto del que declara) con poco acierto de las tropas. A pesar de que supo en Tlacotepec el 23 de febrero de 1814, que una partida de tropas reales venía en su solicitud, un día antes que llegase no salió de aquel pueblo como lo hicieron los vocales del Congreso, hasta que a aquéllas no las tuvo muy inmediatas, y por lo mismo, consultando a que sólo tenía 70 hombres de su escolta, y 300 desarmados, se resolvió a no aguardar la división del rey que tenía a la vista, y se retiró por los parajes que ha dicho al principio de esta pregunta, perdiendo todo su equipaje, sello, imprenta y remonta con algunos muertos.” A la pregunta décima sexta que dice... Diga en qué estado dejó las cosas del Sur de Valladolid cuando se vino de Huetamo: bajo qué especie de Gobierno quedaron: cuántos cabecillas existen por aquella parte: sus fuerzas y designios, y lo que sepa de Cos, Liceaga y demás vocales que no le acompañaron... Dijo: “Que cuando salió de Uruapan para Huetamo el 29 de septiembre último, lo hizo no sólo con el Supremo Congreso Mexicano, sino también con los vocales del Gobierno y los del Supremo Tribunal de Justicia, dejando en la provincia de Valladolid una junta subalterna compuesta de los vocales Muñiz, licenciado Ayala, Domingo Rojas, José Pagola, y Felipe Carbajal, con facultad de gobernar por las tres corporaciones, y dar cuenta a éstas en el paraje donde se situasen. Que los cabecillas que quedaron por aquella provincia son, Pablo Galeana con 200 hombres en Tlalchapa: Ávila en Acalpica con 300: González en Apatzingán con 200: Vargas por los Reyes con 500: Hermosillo en el Ramblás cerca de Zamora con 400: Rosales en los Altos de Ibarra con 300: el padre

Correa en Dolores con 500: el padre Torres por Pénjamo con cerca de 800: Yarza en Zacapo con 600: Carbajal en Pátzcuaro y Uruapan con 400; todos los cuales están sujetos a la Junta Soberana de Valladolid, así como también a Ramón Rayón le sucede lo mismo desde Cópore, cuyas fuerzas ignora por haberse negado éste a dar los estados de ellas. Los designios de los cabecillas que ha relacionado no son otros más que los de estar a la defensiva, y con el proyecto de fortificarse en lugares a propósito, como son Yarza en la laguna de Zacapo: Carbajal en Chimilpa: el padre Torres en su departamento, y Rayón en un cerro contiguo a Sultepec llamado Huatepec. Que a Cos lo dejó preso en Atijo a su marcha el día 15 de octubre, y Liceaga pidió licencia por tres meses desde Huetamo para el Bajío con protesta que hizo de reunirse en el paraje que se situase la Junta o el Congreso. Que Verusco se retiró hace un año, y después de que se juró la Constitución en Apatzingán porque concluyó su tiempo de vocal, y no fue electo nuevamente para nada. Que con motivo de la salida para la provincia de Puebla del que declara, se retiraron desde Uruapan los vocales licenciado Sánchez y el licenciado Arias, y pidieron licencia temporal el doctor Argandar, el licenciado Izazaga y Villaseñor con el fin de incorporarse después”, y responde.

A la décima séptima que dice: Diga: A dónde se dirigía desde Huetamo: con qué número de gente, de armas salió de allí: qué gavillas debían agregársele: cuáles eran sus planes y proyectos en el paraje donde esperaba situarse: con qué investidura o carácter los iba a ejecutar, y cómo lo adquirió. Dijo: Que salió de Uruapan por Ario, Huetamo, Cutzamala, Tlalchapa, Poliuhitla, Pesoapan, y toda la orilla derecha del Mezcala con 1,000 hombres poco más o menos; 500 de ellos armados de fusil, y el resto paisanos y pasajeros con algunos de todas armas. Su objeto fue conducir al Congreso que también lo acompañaba, y el declarante iba de comisionado y director de las marchas para situarlo en Tehuacán, Zongolica, Zacatlán o Nautlingo que era donde habían determinado hacer mansión. En el camino se le agregaron algunas cortas partidas, pero éstas se volvieron a sus respectivas demarcaciones. Los sujetos que mandaban inmediatamente esta división eran el mariscal Nicolás Bravo, Lobato, Páez, Carbajal, e Irrigaray. Los vocales que componían el Congreso eran Sotero Castañeda, Alas, Sesma el viejo, y González. Los del Tribunal de Justicia eran el licenciado Ponce, Martínez, y Castro, y los de Gobierno el que declara y Cumplido, porque Liceaga como ya ha expresado se fue con licencia temporal. También venían los secretarios de este Arriaga, y Benítez, y del de justicia Bermeo y Calvo. Hasta el paraje entre los pueblos de Tezmalaca y Cuetzasala, que fue donde se aprehendió el declarante y sufrió una derrota su gente con la dispersión de estos vocales, no se le reunió partida alguna; pero sí esperaba por orden que el Gobierno les había mandado,

que habían de salir a recibirle, y sostenerle en el paso del río las divisiones de Sesma que estaba en Silacayoapan, la de Guerrero que estaba en las inmediaciones de Tlapa, y la de Terán que se hallaba por Tehuacán, con 300 hombres cada uno; pero ignora el motivo por que no cumplieron con aquella orden. Según los estados de fuerza que vio de Sesma, Guerrero y Osorno, tiene el primero 500 fusiles, y como 2,000 hombres: Guerrero tiene 300 costeños, y mucha indiada, y Osorno tiene 1,000 fusiles y como 2,000 hombres. De Terán y Victoria, aunque no ha visto los estados, les regula 700 fusiles, y 1,500 hombres al primero, y a Victoria 1,000 fusiles y 2,000 hombres; igual motivo tiene para no saber la fuerza de Rayón; pero infiere que con Eпитasio, Pascasio, Vargas y Hernández podrá ascender a 1,200 fusiles con 2,500 hombres: Que todos éstos reconocen a la Junta y obedecen al Supremo Gobierno de que es uno de los vocales el declarante; por cuyo motivo y el de acercarse a la costa, resolvió el Congreso situarse entre aquellos puntos, y aproximarse a saber el resultado del cura Herrera que fue enviado a los Estados Unidos con 28,000 pesos para que negociase con aquel Gobierno si les mandaba gente y armas para conseguir su independencia, y en el caso de no conseguir nada hacer lo propio en Caracas, Londres o en otros países donde pudiera conseguir algo; pues al efecto se le asignaron 40,000 pesos de sueldo anuales, y estaban dando providencias para remitirle paulatinamente más dinero. Se ignora en qué paraje se halla en el día el citado Herrera, su secretario Zárate, el capellán Ponz exprovincial del orden de Santo Domingo, y Juan Nepomuceno Almonte que se decía adivino del que declara, y unos diez oficiales que pidió al Congreso Álvarez de Toledo desde New Orleans”, y responde a la décima octava pregunta que dice... Que haga si puede una enumeración de la fuerza y armas de todas clases que tiene cada uno de los cabecillas que existen en la costa del sur, Oaxaca, Puebla, Tehuacán y Veracruz, si todos le reconocían y dependían de sus órdenes... Dijo: “Que con lo que ha expuesto en la anterior tiene satisfecha esta pregunta”; y responde a la décima nona que dice... Qué conciertos o tratados se han formado, ya sea por el mismo Morelos mientras ejerció el poder supremo, o bien por el llamado Congreso Mexicano con los angloamericanos o cualquiera otra nación extranjera; qué auxilios de armas y gente se les han pedido; cuáles se han recibido o se esperan, y por qué puntos; si obtuvieron contestación de algún Gobierno extranjero; qué cantidades de dinero se han remitido en solicitud de dichos auxilios, y por qué mano: quiénes son sus agentes o encargados, y lo demás que sepa y le conste sobre envió de emisarios y oficiales a dichos países... Dijo: “Que ni el que declara, ni el Congreso Mexicano han tenido los más mínimos conciertos ni tratados con los angloamericanos, ni con otra nación extranjera, sin embargo de que según oyó decir

los solicitó Hidalgo, Anaya por sí solo que fue a New Orleans, y se volvió sin conseguir nada; Rayón por medio de su enviado Peredo que no pudo pasar, y últimamente el Congreso por Herrera como ha dicho en su precedente respuesta. Todos han pedido auxilios de armas y gente, y ninguno ha conseguido de los angloamericanos más que lo que lleva expuesto, y a consecuencia infiere que a Herrera le suceda lo mismo...”

Tal es en lo esencial la declaración tomada al general don José María Morelos en su arresto, la cual da una idea exacta del mérito de este jefe. En el núm. 8.º intitulado Variedades o Mensajero de Londres que acaba de publicarse en México, se da una noticia biográfica de dicho caudillo plagada de equivocaciones, las mismas que yo he notado en la Águila y en las cartas del Cuadro relativas al general Mina. El editor de aquel periódico tomo de Robinson y del Cuadro; así es que lo que éste está exacto, gracias al mucho trabajo que he emprendido en recoger noticias, y revisar documentos originales como esta causa. ¿Hasta cuando conocerán los extranjeros que no es dado a ellos formar con exactitud y propiedad la historia de un pueblo que les es casi desconocido?

Sin embargo, yo me glorío de que en las orillas del Támesis hayan resonado los más justos elogios de este general desgraciado, y siento la mayor complacencia en repetir con aquel escritor estas preciosas palabras... “Y aquel claro varón, merecedor por sus heroicos esfuerzos de haber alcanzado la época presente en que su patria goza de la libertad que él quiso conquistar a tanta costa, rindió el último suspiro haciendo votos a favor de tan justa causa, y negándose constante a responder a toda pregunta que pudiese comprometer a ninguno de los que la habían abrazado.” El Congreso del estado de México va ya a erigir una columna sepulcral en el mismo lugar donde fue fusilado Morelos; yo recibí del señor gobernador la honrosa comisión de levantarla, y desde luego corresponderé a ella luego que el Congreso apruebe el presupuesto de gastos que tengo presentado. Cuando haya construido este monumento bajaré gustoso al sepulcro por haber pagado un tributo de honor y de justicia al varón fuerte que hará en las edades futuras la gloria de Michoacán. Tahuejo, Apatzingán, Valladolid y Nocupétaro se enorgullecerán justamente de haberle poseído, así como el inmenso territorio de Anáhuac de haber sido el teatro de sus afanes guerreros, y el grande objeto de su cariño, objeto por cuya libertad exhaló su último suspiro en el cadahalso.

México 8 de noviembre de 1825.—Carlos María de Bustamante.